


# MAMA COMPUTADORA

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

www.todocoleccion.net

# MAMA COMPUTADORA

# LOU CARRIGAN

GREELEY, COLORADO, USA, JUNIO 1981

Jessica Melrose tenía solamente siete años, pero ya padecía uno de los mayores tormentos que aquejan a los humanos: estaba locamente enamorada.

¿De quién? Pues del sabihondo de Brandon Nye, que a sus doce años parecía alto como un abeto, casi tan impasible, pero mucho más delgado. A decir verdad, aquel pelirrojo patilargo no tenía ningún atractivo especial. Como decía la madre de Jessica, «ese creído de Brandon es todo piernas, pecas y cabello de panocha»

Pero, así es la vida, o, por lo menos, así es el amor. Y como el amor no entiende demasiado de razonamientos, y, además, dicen que es ciego, Jessica estaba loca por Brandon Nye; el superlisto, pedante y antipático Brandon Nye.

—Brandon...

—¿Qué quieres, mocosa?

—¿Jugamos?

Brandon Nye, que como gran privilegio permitía a Jessica que entrase en su cobertizo privado cercano a la casa donde vivía, alzó la mirada del cuaderno donde estaba haciendo anotaciones matemáticas de esas que aterran a los profesores, y fijó su mirada verdosa en la niña.

—Oye —amonestó—, te dejo entrar aquí con la condición de que te estés callada, ¿no es cierto? Si no te gusta estar aquí, lárgate y en paz.

—Sí me gusta estar aquí.

—Pues Cállate.

Jessica permaneció en silencio y Brandon volvió a su cuaderno de aterradores apuntes matemáticos. Dos meses antes; uno de los profesores de la escuela a la que se dignaba asistir Brandon había presentado la dimisión y se había ido de vacaciones indefinidas a México. ¿Motivos? Pues que Brandon Nye, aquel niño cabrito, le había dejado en ridículo en la clase de Matemáticas, presentándole un problema cuya solución el señor Matthews sólo tuvo una respuesta: el más bochornoso silencio.

El cobertizo de Brandon estaba habilitado en el fondo del garaje, separado de éste por un tabique y con puerta independiente. En aquel lugar, Brandon Nye era el rey. Tenía libros, una radio de aficionado, motores de maquinillas de afeitar, una bicicleta, patines, una grabadora, y sobre todo, una pizarra en la que había algunas de las elucubraciones matemáticas del supuesto genio. ¿De qué eran los libros? Pues, de matemáticas, salvo unos cuantos de pequeñas materias como física nuclear, cibernética, y tonterías parecidas. Como concesión al mundo que le rodeaba, Brandon Nye tenía algunas novelas, un montón de cómics y hasta alguna revista en las que aparecían chicas desnudas. No por nada especial, no y no, no, no. No era por el hecho de que resultase agradable ver una chica desnuda, sino porque una de las tonterías de Brandon Nye aseguraba con indestructible firmeza que el cuerpo humano está concebido según unas leyes matemáticas todavía no descubiertas. Así que, como, la mujer, en el fondo, también le parecía un ser humano a Brandon Nye, tenía fotos de chicas...

—Brandon...

—¿Qué?

—¿Por qué no jugamos a algo?

De nuevo miró Brandon a Jessica. Con irritación, desde luego. Pero enseguida sonrió. Él sabía muy bien cómo quitarse a los pelmazos de encima.

—De acuerdo, Jessica, vamos a jugar.

—¡Oh, sí, Brandon, gracias…! ¡Podríamos jugar a…!

—Vamos a jugar a las adivinanzas —decidió Brandon—. Y te voy a poner una fácil, fácil, muy fácil…, ¿Estás conforme?

—¡Claro que sí! —relucieron los bonitos ojos de la encantadora Jessica.

—Muy bien. Escucha atentamente: si dos gallinas ponen en total tres huevos al día…, ¿cuántos huevos pondrán en total y también al día tres gallinas?

El problema se las traía, pero Jessica, adoradora ferviente de Brandon Nye, estaba esforzándose en la escuela y en casa en alcanzar a su ídolo en conocimientos matemáticos, de modo qué iba bastante adelantada. Aun así, tuvo que pensar no menos de un minuto antes de sonreír triunfalmente y exclamar:

—¡Cuatro huevos y medio!

El gesto casi amable de Brandon Nye se nubló.

—Jessica, ¡eres la niña más tonta que he conocido en mi vida! ¿Cuándo has visto tú que una gallina ponga medio huevo?

—¡Pues si dos gallinas ponen tres…!

—¡Eres tonta! ¡Lárgate y déjame en paz!

Jessica saltó de la silla en la que había estado sentada pacientemente, admirando a su ídolo, a su amado Brandon.

—¡Y tú eres un idiota, y un carcamal, y un… y un… y un tocino!

Brandon se quedó mirándola pasmado. Jessica rompió a llorar, saltó de la silla y salió corriendo y sollozando del cubil del implacable Brandon Nye. La puerta batió con estrépito y Brandon se encogió, como si acabase de recibir un golpe. Luego, alzó los hombros y volvió su atención a los apuntes. Pero a los pocos segundos arrojó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—¡Esa tonta me ha puesto de malhumor!

Se puso en pie, metió las manos en los bolsillos y miró alrededor. Pensó en mirar algunas de las fotografías de las chicas desnudas, pero ya no estaba de humor para matemáticas. Por fin, su mirada se posó en la radio.

Segundos después, se sentaba ante el aparato.

* * *

—Papá —dijo Brandon, entrando en la sala—, me han contestado.

El señor Nye, que leía apaciblemente el periódico, alzó la mirada por encima de los lentes, para posarla resignadamente en su hijo. Peor habría sido que naciese tonto, desde luego.

—¿Quiénes te han contestado?

—A ver si sabes la respuesta a esta adivinanza: si dos gallinas ponen en total tres huevos al día..., ¿cuántos huevos pondrán en total y también al día tres gallinas?

La rapidez de cálculo mental del señor Nye, sin ser genial, era muy superior a la de Jessica Melrose, pero, apenas abrir la boca para dar la respuesta, el señor Nye volvió a cerrarla. Estaba hasta el bigote de las trampas de su hijo.

—Déjame pensarlo unos días —pidió amablemente.

—De acuerdo. Pero ellos me han contestado enseguida, y me han puesto a su vez otra adivinanza.

—Muy interesante. ¿Con quién te has comunicado esta vez? ¿Con tus amigos australianos?

—No, no. ¿Recuerdas que te dije que estaba inventando una nueva clase de comunicación por medio de señales con base matemática?

—Mmm... Sí, en efecto, lo recuerdo.

—Pues funciona. La han captado en su nave y me han contestado.

—¿En su nave? ¿Qué nave? ¿Quiénes?

—No sé. No son de la Tierra.

Al señor Nye casi se le cayeron los lentes.

—¿Qué? —exclamó.

—Parece ser que pasaban a unos veinte millones de kilómetros de la Tierra, recibieron mis señales, contestaron, y les puse la adivinanza. ¡Caray, contestaron en el acto! Claro que no es nada difícil, pero... La

de ellos si es difícil. A ver si tú sabes la respuesta. Escucha: está en el día, está en la noche; está en la vida y está en la muerte; nadie lo ve, pero todos lo tienen… ¿Qué es?

El señor Nye se quedó mirando reflexivamente a su hijo. Encendió parsimoniosamente un cigarrillo. Fumó. Meditó. Por fin, tomó una decisión salomónica.

—Hijo mío-dijo sosegadamente—, voy a hacerte un favor que algún día me agradecerás: voy a esconderte esa maldita radio, voy a requisar tus librotes y voy a ordenarte que a partir de mañana dediques tu tiempo libre al deporte y a interesarte por las chicas en su aspecto no matemático. ¿Qué te parece?

—¡Tú no puedes hacer eso! —palideció Brandon.

El señor Nye sonrió seráficamente.

—¿Qué te apuestas a que si, jovencito?

# CAPÍTULO PRIMERO

MIAMI, FLORIDA, USA, SETIEMBRE 1997

—¿Qué te apuestas a que no lo sabe? —rió Godfrey.

—¡Hombre…! —rió también Stanton—. ¿No estarás exagerando?

—¿Eso crees? Pues vamos a verlo. ¡Y haz el favor de no reírte!

—Descuida, hombre, descuida. Bueno, pues van cien pavos.

—Van cien pavos.

—Eh, eh, eh — se acercó otro alumno de la Academia Espacial—, ¿de qué va la apuesta? ¿Qué pasa?

—Tengo una pregunta matemática para el profesor —dijo Godfrey—, y me he apostado cien dólares con Stanton a que no puede responderme.

—¿El profesor no puede responderte? ¡Yo también te apuesto cien dólares a que sí!

—Bueno, de acuerdo.

—¡Estás loco! —rió el recién incorporado a la apuesta—. ¡No hay pregunta que él no pueda responder!

—Pues van cien dólares.

—¡Pues van cien dólares! ¡Eh, chicos! —hizo señas a otros—. ¿Queréis enriqueceros a costa de Godfrey? ¡Venid, ésta es buena!

En cuestión de segundos se organizó un tumulto de apuestas en el pasillo de la Academia Espacial, fundada tan sólo cinco años atrás. Un par de guasones se pusieron del lado de Godfrey, pero los demás apostaron en contra. ¡Hacía falta estar verdaderamente loco para apostar en contra del profesor!

Las apuestas fueron rápidamente anotadas, pues faltaba poco para el inicio de la clase y el profesor era la puntualidad matemática. Entraron todos en el aula, riendo y haciendo comentarios. En un asiento del primer banco había ya una alumna, esperando.

—¡Hombre! —exclamó Red Dewey—. ¡Ya está aquí la empollona!

La muchacha los miró con total indiferencia y ni siquiera se dignó responder. Era rubia, llevaba lentes y calzaba siempre sólidos zapatos de tacón medio, como avergonzada de su magnífica estatura, cercana al metro ochenta. Su tez era de un blanco marmóreo, sus labios rojos y llenos, sus ojos oscuros, su frente despejada. Debía tener poco más de veinte años y su joven cuerpo era una maravilla.

—¡La diosa no quiere nada con nosotros! —rió otro.

—¿Qué tontería estáis tramando ahora? —preguntó ella.

—¡Atiza! ¡Ha hablado!

—Oye —preguntó otro—, ¿quieres participar en las apuestas? ¡Le vamos a hacer una pregunta al profesor que no sabrá responder! De matemáticas, claro.

La esbelta rubia de los lentes se quedó mirándolos con gesto conmiserativo y acto seguido se llevó el dedo índice a la sien y lo movió como un tornillo. No hubo tiempo de más, porque la puerta del aula se abrió y apareció el profesor.

Pelirrojo, atlético, casi metro noventa de estatura, manos enormes, mentón de roca, verde mirada refulgente, siempre vestido con una corrección que incluso llegaba a ser irritante. Tenía solamente veintiocho años, y no sólo era el profesor de la más importante asignatura de la Academia Espacial, sino que se rumoreaba que había sido propuesto para director de la misma cuando el viejo precursor de la Academia, el profesor Desmond Crawl, abandonase el cargo por jubilación.

Hubo una desbandada hacia los bancos, ruidos, toses, risas. Y muy pronto, el total silencio. Sólo entonces se sentó el profesor, se rascó la punta de la nariz y dijo:

—Buenos días a todos. Bien, el tema de hoy...

—Profesor Nye —se puso en pie Godfrey.

—¿Sí?

—Quisiera hacerle una pregunta, señor, si me lo permite.

—Naturalmente, Godfrey.

—¿Cuántas son dos y dos?

Sonó alguna risa sofocada.

—¿Eh? —gruñó el profesor Brandon Nye.

—Dos y dos, señor profesor.

La mano de Brandon Nye pasó a la nuca, donde se dedicó al mismo menester que antes en la nariz.

—Bueno… Dos y dos, ¿eh? Veamos, veamos… Atendiendo a las últimas ecuaciones de Whiate y Parsons, y considerando la problemática bajo un punto de vista estrictamente… ¡Oh, un momento, ya lo he recordado! ¿No son cuatro?

El alboroto fue tremendo. Ruido de bancos; risas, peticiones de cientos de dólares, empujones.

—¡Estúpidos! —se puso en pie la rubia espléndida de los lentes—. ¡Sois todos unos cretinos estúpidos y unos miserables, unos imbéciles…!

—¿Puedo rogar silencio y orden? —se oyó nítidamente la voz del profesor.

El alboroto cesó en el acto. La refulgente y apacible mirada de Brandon Nye se posó en la rubia, qué todavía seguía de pie, con los puños apretados, pálida. Ella lo miró a él, se sofocó, y se sentó.

—Gracias, señorita Waverly —dijo Nye—. Por sentarse y ponerse en pie antes. En realidad, la pregunta ha tenido su gracia, pero como broma resulta un poco gastada y, además, yo no soy Einstein. Por otra parte, Godfrey, es lógico que me haya costado un poco hallar la respuesta. Sucede que esas cosas las aprendí cuando tenía siete meses, y claro está, ya no me acordaba de esas tonterías. Para esas cuestiones ya tengo una secretaria que…

Brandon Nye frunció el ceño y calló. ¿Tenía secretaria, es decir, ayudante para sus estudios privados? Pues no, ya no la tenía, porque el día anterior se había despedido. ¿Por qué? Pues porque la tal secretaria, la señora Barrymore, había cumplido el día anterior sesenta y cinco años, y hacía ya tiempo que había decidido que, a esa edad, ni siquiera con el aliciente de lo mucho que todavía podía aprender de matemáticas junto a Brandon Nye permanecería más tiempo alejada de sus nietos. ¿Quién entiende a las mujeres?

—Ejem... Bien, el tema de hoy...

Una hora más tarde, la clase terminó. Comenzaron las bromas, las peticiones de las apuestas, cuchufletas, empujones...

—Godfrey —llamó Brandon Nye.

Súbito silencio en el aula. Godfrey se quedó mirando un poco cohibido al profesor. ¡Seguro que iba a penalizarlo con algún horrendo problema!

—Diga, señor —murmuró el muchacho, no mucho más joven que Brandon Nye.

—Ahora que la clase ha terminado —sonrió Brandon—, podemos divertirnos un poco. Por ejemplo, jugando a los acertijos. Usted que es un muchacho listo, dígame si conoce la respuesta a esta adivinanza, que no es propiamente un problema matemático, sino simple cuestión de imaginación e ingenio. Veamos: si dos gallinas ponen en total tres huevos al día..., ¿cuántos huevos pondrán en total y también al día tres gallinas?

Silencio absoluto. Godfrey se mordió los labios. En realidad, el problema entraba en las matemáticas, claro, pero...

—Estoy esperando, Godfrey.

—No sé —murmuró éste.

—Bueno, al menos no ha respondido que pondrían cuatro y medio —se oyeron algunas risas; Brandon paseó la mirada por sus alumnos—. ¿Alguien conoce la respuesta?

Una mano femenina se alzó. Brandon la miró» y luego descendió la mirada hacia el rostro de la propietaria de aquella mano.

—¿Usted, señorita Waverly? Magnífico. ¿Cuántos huevos?

—Tres, cuatro, cinco o seis.

—¡Eso no es una respuesta, sino cuatro! —saltó Godfrey—. ¡La respuesta sólo puede ser una, de modo que...!

—No, señor —cortó Brandon Nye, mirando con sorpresa a la señorita Waverly—, la respuesta no puede ser sólo una, sino precisamente las cuatro que ha mencionado la señorita Waverly. ¿Quiere usted explicárselo a Godfrey, por favor, señorita Waverly?

—Sí señor. Si dos gallinas ponen tres huevos entre las dos quiere decir que cada una de ellas puede poner: ningún huevo, un huevo, dos huevos, tres huevos. O sea, una de las dos gallinas primeras puede poner tres huevos y la otra ninguno; o bien dos huevos y la otra uno; o bien un huevo y la otra dos; o bien ningún huevo y la otra tres. La que se une a ellas, igualmente puede poner; ningún huevo, un huevo, dos huevos, o tres huevos. Así que, a los tres primeros huevos de las dos gallinas hay que añadir entonces las cuatro posibilidades de la gallina recién incorporada, o sea: tres huevos, dos huevos, un huevo, ningún huevo. Y sumando estas posibilidades a los tres huevos anteriores tenemos seis huevos, cinco huevos, cuatro huevos, tres huevos. Exponer una sola cantidad como respuesta sería correr el setenta y cinco por ciento de riesgo de error, cosa que no puede aceptarse en matemáticas.

Brandon Nye estaba con la boca abierta. El silencio en el aula era sepulcral.

Brandon Nye sacó de su portafolios la lista de alumnos, en la que semanalmente hacía sus propias anotaciones, y buscó el nombre y las anotaciones de la señorita Waverly. Asintió con un gesto, se puso en pie, guardó sus cosas en el portafolios y se dirigió hacia la puerta. Allí, tras abrirla, se volvió y miró sonriente a la rubia de los lentes.

Dígame una cosa, señorita Waverly: ¿qué hace una chica como usted en un sitio como éste

* * *

Un centenar de kilómetros al Norte, en la nueva estación de rastreo de la NASA cercana al viejo Cabo Cañaveral, el encargado del radarscopio murmuró:

—Es enorme... ¡Enorme!

—No puede ser una nave —dijo uno de los que habían acudido ante el radarscopio, es decir, todos los de la sala—. ¡Es imposible que eso sea una nave!

—Pues ya me dirás qué puede ser.

—Ni los rusos, ni los chinos, ni los japoneses, ni nosotros tenemos naves de ese tamaño. No puede ser una nave. Y si se ha detenido tampoco puede ser un meteorito, ni nada de eso.

—¿Qué tamaño tiene exactamente? —preguntó otro.

—Su diámetro es de tres kilómetros.

—Pues no es una nave. ¡Cómo demonios va a ser una nave, con ese tamaño! ¿Seguro que no se mueve?

—Ahí tienes —señaló el radarscopio su encargado—. ¿Ves tú señal de movimiento?

No hubo respuesta. Todas las miradas de los hombres que se apelotonaban ante la pantalla permanecían fijas en el objeto que ésta detectaba. La línea de localización pasaba una y otra vez sobre el objeto, emitía un «bip», daba otra vuelta, emitía otro «bip»..., y así estaban desde hacía casi quince minutos. El objeto localizado no se movía.

En la puerta de la sala aparecieron varios hombres corriendo, uno de ellos Carter Lester, jefe de la sala, que había sido llamado a su domicilio con toda urgencia. Le abrieron camino, y se detuvo jadeante ante la pantalla, mirando con ojos muy abiertos la señal;

—¿Qué es? —casi gritó.

—Según todas las evidencias, una nave, señor —dijo el radarscopista.

—Una nave con un diámetro de tres kilómetros —dijo alguien.

—¡Cómo, de tres kilómetros! —aulló Lester—. ¡Revisen el funcionamiento de todos los aparatos de control y verifiquen...!

—Ya lo hemos hecho todo, señor. Y todo funciona a la perfección. Sea lo que sea, está ahí, y tiene un diámetro de tres kilómetros.

—¿A qué distancia está?

—Cien mil kilómetros.

—¡Cien mil kilómetros! ¡Debe hacer años que la cazaron en pantalla!

—No señor, hace un cuarto de hora nada más.

—¿Ese objeto se ha acercado a cien mil kilómetros de la Tierra..., y hasta entonces no había sido detectado?

—Así es, señor.

—¡Revisen inmediatamente de nuevo todos los aparatos y sistemas! ¡Tiene que haber una avería desconocida en alguna parte! ¡Vamos, háganlo! ¡AHORA!

La nueva, formidable, supersofisticada sala de rastreo de la NASA entró en actividad desusada. Casi al mismo tiempo, comenzaron a llegar a las pantallas de intercomunicación las noticias de otras estaciones de rastreo en todo el país. Esto ahorró mucho trabajo a los técnicos de verificación, pues era fácil comprender que la avería no podía producirse en todas las estaciones de los Estados Unidos simultáneamente. Pero, además, tan sólo otros quince minutos más tarde comenzaron a llegar al panel de intercomunicación mundial las consultas de estaciones de rastreo de otros países, empezando por Méjico. En pocos minutos, la pantalla de intercomunicación mundial fue insuficiente para atender todas las preguntas y mensajes procedentes del resto del mundo.

Carter Lester llamó por teléfono directo a la Estación Central de Estados Unidos, pero las líneas estaban ya bloqueadas. La primera potencia en sugerir que fuese conectada la Alarma Espacial Mundial fue Rusia, e inmediatamente le siguió China. En cuestión de minutos se llegó al acuerdo internacional de una Consulta de Peligro por medio de la intervisión: los representantes de los mandos espaciales de todos los países capacitados para atender y estudiar el asunto se pondrían en contacto por medio del circuito cerrado de televisión que proyectaría en cada país las imágenes de los representantes de todos los demás.

—¡Y sigue ahí! —masculló Carter Lester, volviendo ante el radarscopio —. ¿Qué demonios hace? ¿Qué es?

Toda la respuesta que obtuvo fue el intermitente «bip, bip, bip» de la pantalla. El radarscopista no quitaba los ojos del punto detectado, aquella «cosa» cuyo diámetro era de tres kilómetros y cuya presencia tan cercana a la Tierra ya no admitía ninguna duda.

—Está tan cerca —comentó alguien— que podrían escupirnos en un ojo directamente.

—¿Podrían? —preguntó otro—. ¿Quiénes?

—Alguien habrá ahí, ¿no? Si es una nave no circulará sola por el espacio, digo yo…

Las señales de radio comenzaron a llegar de pronto, y tras un respingo de Carter Lester fue a colocarse ante la gran consola que no sólo recibía los mensajes, sino que los ofrecía ya descifrados en una

pantalla; fuese cual fuese la clave empleada, la computadora de la consola la descifraba y la presentaba en la pantalla.

Sólo que esta vez, cuando las señales terminaron no apareció mensaje alguno en la pantalla. Esto era tan absolutamente insólito, incluso tan increíble, que durante unos segundos nadie acertó a decir nada. El silencio era de tumba en la sala de rastreo.

—¡Maldita sea! —aulló de pronto Carter Lester—. ¡Esto no puede ser! ¿Tenemos que creer que la computadora no conoce esa clave de señales?

—Yo diría que es evidente, señor.

—¡Si las recibimos tenemos que saber descifrarlas! ¡Esto es absurdo!

Nadie contestó. Podía ser absurdo, pero si la computadora no daba la transcripción significaba, lisa y llanamente que nadie en el mundo podría darla.

—Quizá deberíamos enviar nosotros un mensaje, señor.

—¿Y qué demonios cree que deben estar haciendo ya en la Estación Central? ¡Todo el mundo debe estar enviando ya mensajes a esa... esa... lo que sea! ¿Nos envían más señales?

—No, señor.

—A ver, reproduzcan la grabación de lo anterior y pásenla de nuevo, por la computadora.

La grabación de las señales recibidas poco antes fue pasada por la computadora. La pantalla permaneció vacía.

—Muy bien —suspiró Carter Lester—, en mi opinión, tanto nosotros como nuestros aparatitos deberíamos dedicarnos a criar gallinas...

* * *

Mirando el huevo, Brandon Nye masculló;

—En cuanto a ti, también sabré algún día cuál es tu composición matemática. Bueno, no la tuya, porque me temo que dentro de poco te vas a convertir en sustancia asimilada por otra composición matemática, o sea, yo. Lo siento, amigo.

Cascó el huevo y lo colocó en un plato. Se disponía a hacer lo mismo con el siguiente cuando le llegó el sonido del timbre de la puerta.

—Tú te has salvado de momento —le dijo al huevo, dejándolo sobre la mesa de la cocina.

Salió de ésta, recorriendo el pasillo de su pequeña pero agradable y confortable casa en Daytonia Road, Miami Beach. La casa estaba rodeada de jardín, diminuto, pero suficiente para admitir incluso una piscina; desde la piscina, un pasillo de losas de piedras incrustadas en el césped conducía hasta el borde del canal, en cuyo amarradero tenía Brandon su lancha. Se vivía bien allí.

Abrió la puerta y se quedó mirando con la mente en blanco, debido a la sorpresa, a su visitante, que dijo:

—Aprender lo que usted enseña.

El cortocircuito mental de Brandon Nye se autorreparó en el acto. Su mente entró en funciones y en cuestión de centésimas de segundo emitió las órdenes necesarias para que Brandon contestase:

—Eso está bien, señorita Waverly. Cuando se está en su sitio donde se enseña, el que está allí debe aprender. Oiga, estuvo usted muy bien con lo de las gallinas esta mañana.

—Usted sabe que era muy fácil —sonrió Lorena Waverly.

—Puedo presentarle miles de personas, y hasta millones, que no dirían lo mismo. Dígame: ¿está de paso o ha venido a consultarme algún problema?

—No estoy de paso. Pero solamente tengo un problema que no puedo resolver por mí misma.

—Y ha venido a pedir ayuda al viejo profesor, ¿eh? —sonrió Brandon —. De acuerdo, pase. ¿Sabe usted cascar huevos?

## CAPÍTULO II

Lorena Waverly entró, esperó a que Brandon cerrase la puerta y contestó entonces:

—Sí, pero supongo que siempre podré aprender a hacerlo mejor.

—Bueno, no creo que valga la pena convertir en arte el hecho de cascar huevos. Lo que sí valdría la pena sería conocer su composición matemática. ¿Tiene alguna idea al respecto?

—Francamente, no. Y para ser sincera, no sabía que los huevos tuvieran una composición matemática.

—Todo funciona de acuerdo a leyes matemáticas; absolutamente todo, señorita Waverly. Incluso nosotros, claro está. Es decir, que incluso nosotros estamos concebidos de acuerdo a determinadas leyes matemáticas.

—¿Quiere decir que somos algo así como una... ecuación?

—Exacto. Pero una ecuación sin resolver, por el momento.

—Es una teoría muy interesante.

—Venga a la cocina. Como premio a haber resuelto esta mañana el problema de las gallinas le voy a permitir, que me casque un par de huevos. Estaba empezando a preparar un plato exótico y sumamente sofisticado: una tortilla de camarones. ¿Le gusta?

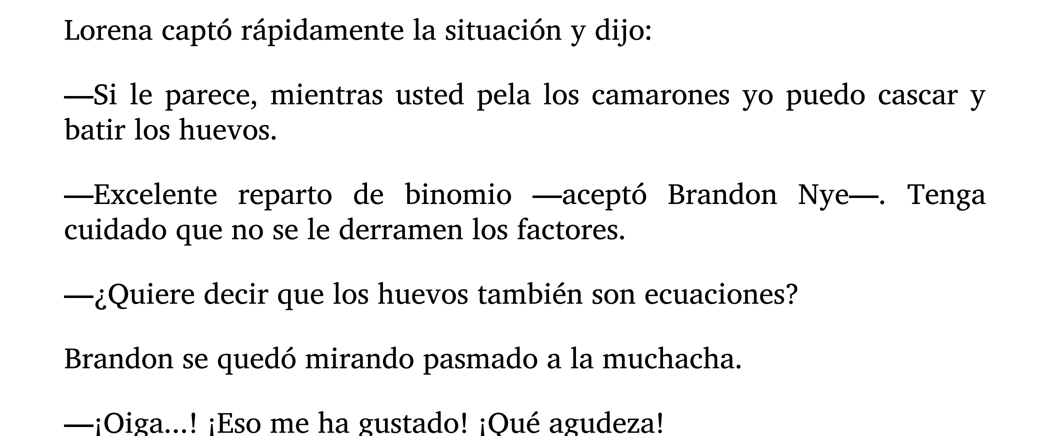
—Sí. Y no he cenado.

—Oh, bueno, entonces la invito... Un momento. Quizá ha venido usted con algún amigo que la está esperando fuera...

—No, no. He venido sola. Y acepto su invitación. No sabia que tuviese aficiones culinarias.

—Y no las tengo. La única afición que tengo relacionada con la comida es comerla. Pero cuando se vive solo y se está hasta las narices de alimentos preparados hay que ingeniárselas. Permítame su portafolios..., lo dejaremos aquí, de momento. Venga, venga al santuario de la gastronomía.

La tomó amablemente de un brazo y caminaron hacia la cocina.



Lorena captó rápidamente la situación y dijo:

—Si le parece, mientras usted pela los camarones yo puedo cascar y batir los huevos.

—Excelente reparto de binomio —aceptó Brandon Nye—. Tenga cuidado que no se le derramen los factores.

—¿Quiere decir que los huevos también son ecuaciones?

Brandon se quedó mirando pasmado a la muchacha.

—¡Oiga...! ¡Eso me ha gustado! ¡Qué agudeza!

—Bueno, he comprendido que si nosotros somos una ecuación puede serlo también cualquier otra materia viviente. Y a fin de cuentas los huevos son fetos de gallina.

Brandon se echó a reír.

—¡Exacto! Debo decirle, señorita Waverly, que no la tenía a usted en tan alto concepto valorándola por sus resultados en clase.

—No quería molestar a mis compañeros. A pesar de eso, me llaman empollona.

—De modo que está usted muy por encima de ellos, ¿eh?

—Oh, si.

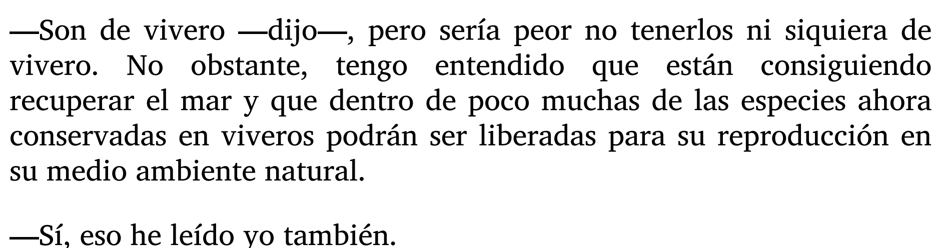
—Vaya... Debemos suponer que eso significa qué usted me ha estado escuchando realmente durante mis clases.

—¡Por supuesto!

—Claro: ¡por supuesto! ¿Qué otra cosa sino aprender podría estar haciendo allí una chica como usted? Por supuesto. ¿Quiere un camarón? Están cocidos, claro. ¿O no le gustan los camarones?

—Me gustan. Y además, considerando que están llenos de factores matemáticos es de esperar que mi cerebro quede nutrido en ese aspecto.

Brandon Nye se quedó mirando con la boca abierta por el pasmo a su decidida visitante. Asintió, le tendió un camarón y él se echó otro a la boca.


—Son de vivero —dijo—, pero sería peor no tenerlos ni siquiera de vivero. No obstante, tengo entendido que están consiguiendo recuperar el mar y que dentro de poco muchas de las especies ahora conservadas en viveros podrán ser liberadas para su reproducción en su medio ambiente natural.

—Sí, eso he leído yo también.

—Estuvimos a punto de cargarnos la Tierra, ¿no le parece?

—No, no.

—Ah, ¿no? —masculló Brandon.

Lorena vertió los huevos ya cascados en el recipiente de la batidora y apretó dos segundos el botón de ésta. Ya estaban los huevos batidos.

—Yo era una niña cuando en mil novecientos ochenta y cinco se dio la última voz de alarma-explicó—: estábamos matando el planeta de un modo que parecía irreversible. Pero recuerdo muy bien que pensé: no somos demasiado listos, pero sí lo suficiente para no llegar a eso... ¿Cómo vamos a permitir que muera lo que realmente nos permite vivir a nosotros, esto es, el planeta Tierra? Algo haremos. Y se hizo. Era lo lógico. Por otra parte, cuando terminé Biología...

—¿Es usted bióloga?

—Sí, sí, cursé esa carrera menor en dos veranos. Me dije...

—¿En dos veranos?

—Sí, eso he dicho.

—Bueno... Mire, señorita Waverly, ya sé que la vieja Biología de nuestros padres ha sido ampliamente superada y que hoy hasta los niños de diez años la aprenden a fondo, pero... ¿no le parece... que es usted demasiado empollona? ¡En dos veranos!

—Es que me aburría.

—Aaaah... ¿Qué la divierte a usted?

—Las matemáticas.

—Ya. Sí, claro, eso lo entiendo. ¿Hasta dónde piensa llegar en ese campo?

—Como usted bien sabe, eso es impredecible. Pero he pensado que un buen principio para la adquisición de mis conocimientos superiores sería que usted me aceptase como secretaria.

El recipiente para tortillas que Brandon Nye acababa de coger de un armario le cayó sobre un pie, y luego rodó por el suelo, haciendo un ruido sonoro, vibrante, hasta que quedó inmóvil. Tras unos segundos de estupefacción, Brandon Nye exclamó:

—¡Claro que no!

—¿Por qué no? Todos sabemos que la señora Barrymore le ha abandonado para pasar el resto de sus días con sus nietos. ¿Qué tiene ella que no tenga yo? Bueno, claro, aparte de una experiencia que sin duda adquirió trabajando para matemáticos como usted; experiencia que yo no podré adquirir nunca si los hombres como usted me rechazan. ¿Qué tiene o tuvo ella que no tenga yo?

—Pu-pu-pues para empezar, la señora Barrymore tiene sesenta y cinco años...

—Es de esperar que yo también los tendré algún día, del mismo modo que ella tuvo alguna vez veintidós años. La esperanza de vida en los Estados Unidos está actualmente en los noventa años. Sí, espero tener algún día sesenta y cinco. Indudablemente, para esas fechas le resultaría más útil que ahora, pero usted va a tener que contratar a alguien que le ordene sus notas y las pase en limpio, tanto los manuales como las de la computadora. Yo estoy preparada para eso desde el curso pasado. He estado estudiando todo el verano. Así que dígame: ¿qué tiene la señora Barrymore que no tenga yo?

—Pues, por ejemplo, tiene una edad y una... situación familiar que a mi siempre me ha causado respeto. Quiero decir que nunca se me habría ocurrido hacerle ciertas proposiciones a la señora Barrymore.

—¿Qué clase de preposiciones?

—Mire, señorita Waverly cuando yo tenia diez o doce años veía a las chicas sólo como ecuaciones, ¿comprende? Pero ahora las veo de otra manera.

—¿Las ve en su aspecto sexual?

—Más bien sí —gruñó Brandon.

—Eso no es ningún problema. Con mucho gusto sostendré relaciones

sexuales con usted.

—¡Oh, vamos, su amor por las matemáticas no debe ser tan... tan decidido, señorita Waverly!

—¡Qué tontería! Estamos hablando de sexo, no de matemáticas.

—Bueno, pero así, en frío...

—¿En frío? No señor: hace tiempo que estoy loca por usted. De modo que comprenderá que el hecho de aprender matemáticas a su lado y ser premiada además con sus gratificaciones sexuales sería para mí el colmo de la felicidad. Hasta me parece demasiado. Creo que deberíamos preparar la tortilla. Tengo apetito.

Brandon Nye recogió el recipiente y lo puso sobre el quemador electrotérmico. No se le ocurrió otra cosa.

—Claro que aquí intervienen el factor del mutuo agrado, sin duda —continuó Lorena Waverly—, pero en ese aspecto tampoco creo que quedase decepcionado conmigo. Incluso, tendría usted una novedad poco usual en nuestros días: he dedicado tanto tiempo a los estudios que todavía soy virgen. Según entiendo, eso era muy apreciado en otras épocas. Y, en definitiva, soy muy bonita, aunque no lo parezca a primera vista, pues llevo estos tontos lentes y me visto de modo que no atraiga demasiado la atención de esos tontos de la clase. Además, aunque generalmente procuro parecer antipática para conseguir el mismo objetivo, soy simpática, ingeniosa, cariñosa, paciente; y me gusta mucho reír...

—La madre que la parió-masculló de pronto Brandon.

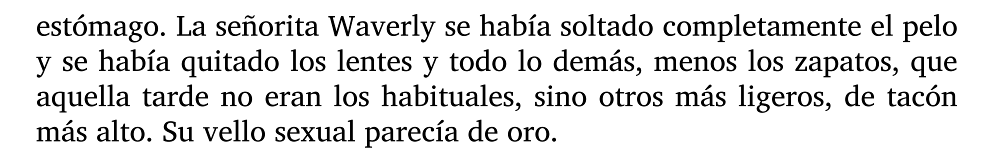
—Le aseguro que hizo un buen trabajo —sonrió Lorena—. ¿Me permite un momento?

Salió de la cocina. Brandon Nye echó los huevos batidos en el recipiente y se quedó mirando, impávido, cómo la masa se quemaba rápidamente, quedando convertida en puras y simples cenizas. Eso sí, cenizas de ecuaciones matemáticas.

—Tendremos que comer otra cosa —dijo en voz alta.

—A mí me gusta todo —sonó la voz de Lorena en la puerta de la cocina.

Brandon se volvió. En el acto sintió un tremendo vacío en el


estómago. La señorita Waverly se había soltado completamente el pelo y se había quitado los lentes y todo lo demás, menos los zapatos, que aquella tarde no eran los habituales, sino otros más ligeros, de tacón más alto. Su vello sexual parecía de oro.

—Santo cielo —tartamudeó Brandon Nye.

—Considerándome desde un punto de vista no matemático..., ¿qué puntuación me daría usted, profesor Nye? —preguntó ella.

—Pu-pues...

—Oh, vamos, sinceramente: ¿Le gusto o no?

—Claro que sí. Es usted bellísima, señorita Waverly, pero creo que no debería... ofrecerse así por un... empleo.

—¡Qué tontería!—rió ella—. Habría hecho lo mismo cualquier día de estos aunque la señora Barrymore no se hubiera marchado. Estaba harta de esperar que usted se fijara en mí.

—Creo... que lo habría hecho antes si la hubiera visto... como la estoy viendo.

—¡Pero no iba a aparecer así en clase!

—Verdaderamente — sonrió Brandon—, habría sido algo digno de verse.

—Sí. Bueno, ¿qué hacemos? ¿Le gusto o no?

—Ah, sí, muchísimo. Pero no estoy loco por usted.

Lorena Waverly se acercó a Brandon Nye, se colgó de su cuello y sonrió dulcemente.

—Lo estará usted pronto, profesor Nye... Mire, no quiero parecerle presuntuosa, pero más de una vez le he visto mirarme con cierta... perplejidad. Y aunque usted no se diese cuenta de lo que significaba su propia mirada, yo sí: significaba interés por mí. Pero las dichosas matemáticas le tienen sorbido el seso, y el exceso de convivencia con una persona ya un poco mayor, como la señora Barrymore, le tenía digamos... apagado. Sinceramente: ¿nunca pensó usted en acostarse conmigo?

—Pues...Bueno...

—¿Ve como sí? —le besó en los labios—. Y dentro de poco, esté seguro de esto, no se arrepentirá de haberlo hecho. A decir verdad, tengo la certeza de que cuando venga a darse cuenta estará usted tan loco por mí como yo lo estoy por usted...

* * *

—Acabaré por volverme loco —gruñó Carter Lester—. Aunque creo que no seré el único. ¿Seguro que es una clave en base matemática la que están utilizando?

—Así es, señor. Pero es tan disparatada que no hay modo de descifrarla. No obstante, está utilizando una computadora auxiliar para que vaya analizando los datos por separado. Eso aparte, el director de la Academia Espacial, Desmond Crawl, está trabajando en esa clave desde hace más de tres horas.

—Sería conveniente que encontrásemos alguna solución muy pronto, señores —intervino el general Joseph Ringleman, que había sido enviado a la, Estación de Rastreo al mismo tiempo que otros generales eran enviados a otras muchas en el país—: la situación puede convertirse en peligrosa en cualquier momento.

—Según entiendo, general —murmuró Lester—, todas las potencias siguen enviando naves de guerra al encuentro de la nave intrusa.

—En efecto. En estos momentos debe estar completamente rodeada por nuestras más poderosas naves bélicas espaciales, que están conminando a los supuestos ocupantes de esa otra nave a presentarse de un modo inteligible. Le están facilitando toda una serie de sistemas de comunicación de los utilizados en la Tierra, pero no hacen caso, siguen emitiendo en su clave.

—¿Qué puede ocurrir?

El general Ringleman movió la cabeza.

—Bueno... Eso no lo sé. Lo único que se me ocurre es tener la esperanza de que ninguno de los comandantes de esas naves terrestres pierda la cabeza y haga alguna tontería.

—¿Quiere decir... atacar a nuestra visitante?

El general Ringleman no contestó, y todos los que habían escuchado sus anteriores palabras se estremecieron y volvieron la mirada hacia la gran pantalla de televisión en la que, ahora, se veía perfectamente la

nave extraterrestre, así como las naves terráqueas que surcaban el espacio a su alrededor, como mosquitos zumbando alrededor de un elefante.

Desde las naves terrestres las imágenes de televisión estaban siendo enviadas hacía más de una hora. Ya nadie podía dudar de lo que en principio habían indicado los radarscopios: sólo había que comparar el tamaño de las naves de la Tierra con aquella otra que permanecía inmóvil en el espacio, para admitir que el tamaño de la visitante era, en efecto, de un diámetro de tres kilómetros... o más. Tenía forma de disco de atletismo, y eso era todo. Las tomas de acercamiento a la superficie de la colosal viajera del espacio no revelaban nada más. Ni una juntura, ni un visor, ni la menor señal de salida de energía... Nada. Un enorme disco que incluso podía ser macizo suspendido inmóvil a cien mil kilómetros sobre la Tierra.

Y sin embargo, alguien debía haber allá dentro, pues las señales de base matemática seguían llegando periódicamente, siempre las mismas, siempre iguales.

Sin darse cuenta, todos se habían colocado frente a la gran pantalla de recepción de imágenes televisadas utilizando cada país sus circuitos militares. Sí, un elefante rodeado de mosquitos...

—¿Qué podría pasar si alguno de nuestros comandantes... perdiese la cabeza? —preguntó alguien.

—Es imprevisible, naturalmente. Pero cabe imaginar que una máquina como esa no debe andar indefensa por el espacio. Y si alguien ha construido una nave así, me pregunto qué clase de armamento puede llevar.

—Nadie cometerá esa locura...

—Yo no estaría tan seguro —farfulló Ringleman—. Estamos utilizando circuito militar, así que de momento el público no sabe nada en ningún lugar del planeta. Sin embargo, el más pequeño fallo, la más pequeña alteración, podría dar lugar a que los cientos de cadenas de televisión de todo el mundo captasen en algún momento estas imágenes. Ya sé que las probabilidades son mínimas, pero si eso llegase a ocurrir, ¿qué creen ustedes que ocurriría?

—Cundiría el pánico en toda la población terrestre.

—Exacto. Y en esas circunstancias, nuestros mandos militares...

—¡Vean eso! —gritó de pronto uno de los técnicos.

En realidad, lo habían visto todos al mismo tiempo que él, pero sus reacciones fueron más lentas. En la pantalla se vio de pronto cómo la nave extraterrestre adquiría una coloración anaranjada, de bellísima tonalidad. Fue talmente como si, de pronto, una lámpara hasta entonces apagada se encendiese y su luz se expandió suavemente a su alrededor, iluminándolo todo. La oscuridad que rodeaba la nave desapareció, fue como si acabase de llegar el día. El enorme disco hasta entonces reluciente a la luz estelar quedó convertida en la más gigantesca que pudiera imaginarse.

—Dios bendito —jadeó Lester—. ¡Esa luz será vista en la noche de la Tierra!

Y efectivamente, en aquel momento, millones y millones de personas residentes en la mitad del globo terráqueo inmerso en la noche, vieron, de pronto, la gigantesca e inesperada estrella que emitía una hermosa luz anaranjada.

En cuestión de segundos, al asombro sustituyó el pánico.

## CAPÍTULO III

Y tan sólo un minuto más tarde todos estuvieron seguros de que se aproximaba el caos: una de las naves militares terrestres que volaba alrededor de la nave visitante abrió fuego contra ésta.

—¡Oh, no! —gimió el coronel Ringleman—. ¡No, no, no...!

En la pantalla, se vio claramente la línea azulada del disparo neutrónico efectuado por la nave terrestre. La línea, incidió en el resplandor anaranjado, desapareció dentro de éste y, en el acto, la luz anaranjada se apagó... De este modo, se vieron más claramente las líneas que en la recuperada oscuridad estelar trazaron los disparos de las otras naves terrestres. En un instante, la enorme nave desconocida se convirtió en el blanco de más de cien disparos prácticamente simultáneos, utilizando todos los medios de destrucción disponibles, desde el láser al más avanzado sistema iónico purificado. Con uno solo de aquellos impactos cualquiera de las naves terrestres habría quedado desintegrada, habría desaparecido del espacio como si jamás hubiera estado allí.

La nave visitante recibió más de cien impactos variados.

Y nada sucedió,

La nave visitante permaneció inmóvil, imperturbable, sin sufrir el menor daño. Al general Ringleman se le saltaban los ojos de las órbitas. Y lanzó un alarido cuando las naves terrestres volvieron a disparar.

—¡No! —aulló—. ¡Maldita sea, no!

—Se han asustado, general —tartamudeó alguien—. Han visto ésa coloración de la nave y se han asustado, así que... van a destruirla.

Pero esto no parecía fácil, ni mucho menos. A la segunda tanda de cien disparos sucedió la tercera y luego la cuarta... La nave extraterrestre seguía allí, inmóvil, inalterable, inalterada, convertida en un acerico que, en lugar de tener clavadas agujas y alfileres, recibía cientos de disparos.

Igual que un elefante rodeado de mosquitos.

—Ahora sí que nadie podría impedir el pánico —susurró Ringleman—: desde la Tierra han tenido que verse esos disparos.

Carter Lester, lívido como un muerto, corrió hacia la consola en la cual estaba trabajando, cómo ajeno a todo, el insigne matemático Desmond Crawl.

—¡Por el amor de Dios, tiene que descifrar esa clave inmediatamente!

Crawl lo miró por encima de sus lentes.

—Estoy haciendo lo que puedo, señor Lester, pero es una clave absurda. No tiene el menor sentido. Para entenderla hay que ser un genio o un chiflado capaz de divertirse con las más disparatadas combinaciones que se le puedan ocurrir a un ser humano. Es algo así como si usted se inventase un sistema de comunicación por gestos, pero sólo usted conociera el significado de cada, gesto. ¿Me comprende?

—¡Tenemos que hacer contacto con esa nave, tenemos que decirles que todo ha sido un error, que no pretendemos...!

—¿Puedo disponer de un teléfono? —le interrumpió Crawl, tras un respingo.

—¿Para qué demonios quiere ahora un teléfono? ¡Estamos...!

—Tengo que llamar a un amigo.

—¡No, señor, lo que usted tiene que hacer...!

—¡Oh, váyase al demonio, Lester, tengo que llamar a la única persona que está lo bastante chiflada, matemáticamente hablando, como para entender esta absurda y maldita clave...! ¡Dígame dónde hay un teléfono normal y corriente, maldita sea su estampa!

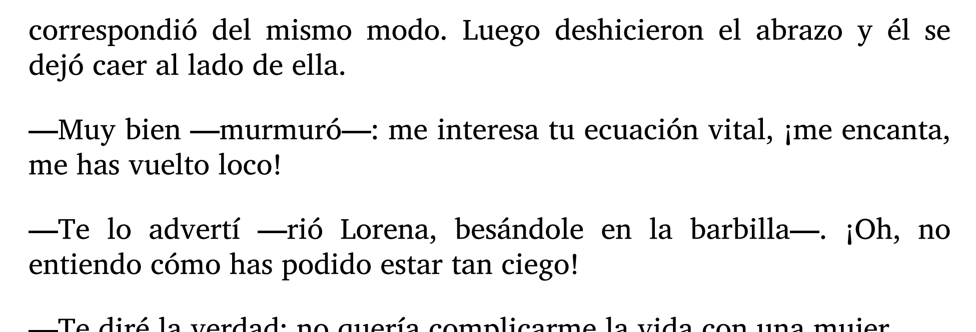
* * *

El teléfono sonó, pero en el momento más inoportuno que se pudiera pensar, así que ninguno de los dos hizo caso. Posiblemente, ni lo oyó sonar.

Y dos minutos más tarde, cuando tras el último suspiro de placer pudieron, haberlo oído los dos, ya no sonaba.

—¿Y bien, profesor? —murmuró Lorena Waverly, acariciando la musculosa espalda de Brandon Nye suavemente.

Brandon Nye no contestó. Besó a Lorena en el cuello y ella le



correspondió del mismo modo. Luego deshicieron el abrazo y él se dejó caer al lado de ella.

—Muy bien —murmuró—: me interesa tu ecuación vital, ¡me encanta, me has vuelto loco!

—Te lo advertí —rió Lorena, besándole en la barbilla—. ¡Oh, no entiendo cómo has podido estar tan ciego!

—Te diré la verdad: no quería complicarme la vida con una mujer.

—¡Ajáaaa! ¡Si entiendo bien lo que dices significa que sí te habías fijado en mí, pero que no querías que nadie perturbase emocionalmente tu vida... matemática!

—Escucha —gruñó Brandon—, te has pasado meses y meses delante de mí, sentada en el primer banco, mirándome de un modo que me ponía la carne de gallina y te advierto que no soy ningún cretino, así que mas de una vez tuve pensamientos... poco matemáticos contigo. ¡Pero eres una de mis alumnas!

—La mejor —rió Lorena—. ¿O no?

—Escucha, un profesor no puede andar por ahí tirándose a sus alumnas, ¿verdad? O dejándose seducir por ellas, de modo que...

—¡Muy bien, me daré de baja en la Academia, así que ya no seré tu alumna! ¡Seré tu secretaria y tu compañera... matemática! ¿Algo que oponer?

—Bueno...

—¡Oh, Brandon, di que soy tu secretaria, por favor!

—Te voy a poner la última prueba —sonrió Brandon, besándola en los pechos y luego mirándola expectante—. Escucha esta adivinanza: está en el día, está en la noche; está en la vida y está en la muerte; nadie lo ve, pero todos lo tienen... ¿Qué es?

—¡Eso es una crueldad!

—¿De modo que no lo sabes?

—¡No es un acertijo de matemáticas! —protestó Lorena.

—Al principio yo también lo creí así, y, claro, no conseguía descifrarlo. Hasta que un día, después de diez años de pensar...

—¿Estuviste diez años para hallar la respuesta?

—Y todavía no estoy seguro de que sea la correcta. Pero quizá lo sea, y, desde luego, es de puras matemáticas. De pronto, un día...

El teléfono volvió a sonar.

—¡No contestes! —exclamó Lorena.

—A lo mejor es alguien que nos invita a cenar —sonrió Brandon—. Lo que no estaría mal, pues te recuerdo que no hemos cenado, con este asunto de probar a mi secretaria...

Se había sentado ya en el borde del colchón de agua y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¡Brandon! —sonó fortísima la voz—. ¡Maldita sea, dime por qué no has contestado antes!

—Hola, profesor —sonrió Brandon—. Estaba probando una nueva secretaria. Como usted sabrá, la señora Barrymore...

—¡No te muevas de ahí! ¡Te envío ahora mismo un helicóptero de la. Fuerza Espacial a recogerte!

—¿Un helic...?

!Clic!, sonó el auricular al ser colgado: Brandon Nye se lo quedó mirando y luego miró, desconcertado a Lorena.

—No te molestes en decírmelo, lo he oído todo... El profesor Crawl ha gritado como si estuviera loco.

—A lo mejor lo está. Todos nosotros acabamos así. Bien... ¿Será tan amable de vestirse, señorita Waverly? Al parecer, algo está ocurriendo qué requiere nuestra presencia en...

—Caramba: ¿dónde?

* * *

El profesor Desmond Crawl estaba esperando a Brandon Nye frente al edificio de la Estación de Rastreo, y acudió a su encuentro rápidamente, comenzando a explicarle atropelladamente la situación,

empezando al revés, esto es, por la agresión que la nave extraterrestre había sufrido durante veinte segundos por parte de las naves de la Tierra. Todo esto, mientras caminaban hacia la gran sala donde estaban congregados todos los personajes importantes en la materia. A su paso, los empleados de la NASA que todavía no habían asimilado la gravedad teórica de la situación, se volvían a mirar estupefactos a Lorena Waverly, que se había olvidado las gafas.

Cuando entraron en la sala, Desmond Crawl mascullaba:

—...¡Y sólo tú estás lo bastante chiflado para echarnos una mano con esa maldita clave!

De un vistazo, Brandon Nye captó la tensión en la sala, vio las caras largas de todos los que le contemplaban, con irreprimible escepticismo. Luego, llevando de la mano a Lorena, se plantó ante la enorme pantalla de televisión.

—¡Dios mío! —exclamó Lorena.

—¿Y usted qué hace aquí? —preguntó bruscamente Crawl.

—Es casi mi secretaria —lo miró Brandon Nye—. ¿Puedo escuchar esa grabación del mensaje?

Una vez más, el mensaje recibido en todas las estaciones de rastreo de la Tierra fue reproducido. Como todos miraban expectantes a Brandon Nye, nadie dejó de darse cuenta de su gesto de absoluta estupefacción.

—Pero esto... ¡es increíble!—exclamó Brandon.

—Nadie te pide que lo descifres inmediatamente —gruñó el profesor Crawl—. Será suficiente que me ayudes a mí a estudiarla...

—¿Quién es el encargado jefe de programaciones de la computadora? —le interrumpió Brandon.

—Yo, profesor —se presentó el aludido.

—Muy bien, vamos a darle alimento a su aparatito... Necesito papel y un bolígrafo...

Se le puso en las manos un bloc y un bolígrafo. Brandon Nye se sentó ante una mesa auxiliar, y comenzó a escribir en la primera página del bloc. La arrancó y la tiró y empezó a escribir en la otra, que siguió el mismo camino. De la tercera hoja sólo tiró la mitad. La cuarta fue

aprovechada casi completamente. Cuando hubo escrito en la sexta hoja, asintió y, cuidadosamente, pasó en limpio todo lo anterior en la séptima hoja.

Brandon Nye se puso en pie y llamó con un gesto al encargado de programaciones, que se acercó rápidamente.

—Informe de esto a su aparatito, ¿quiere?

El hombre asintió y echó una mirada a la página de bloc. Se quedó atónito.

—Pero, profesor Nye...

—¿Quiere programar eso, por favor?

—Bueno... Esperemos que no se quemen los circuitos. ¿Debo hacerlo, señor? —miró el hombre a Carter Lester.

Este miró a Desmond Crawl, el cual asintió con un gesto.

—Prográmelo —masculló Lester.

—Sí, señor.

Con no pocas consultas directas a Brandon Nye, más originadas por la incredulidad que por la escasa claridad de las disparatadas teorías matemáticas, el programador jefe procedió a su trabajo, introduciendo en la fabulosa memoria de la computadora la información. Los circuitos no se quemaron. Simplemente, no pasó nada.

—Ya está, profesor Nye —suspiró el hombre.

—Muy bien —aprobó éste—. Vuelvan a reproducir el mensaje.

El encargado de esto procedió a repetir una vez más la grabación del inicial y único mensaje llegado desde la nave extraterrestre. Todas las miradas fueron entonces hacia la pantalla de la computadora de claves totales en la que, hasta entonces, no había aparecido mensaje alguno.

Esta vez, con cantarín sonido, las letras aparecieron rápidamente.

El mensaje decía:

ESTA EN EL DÍA, ESTA EN LA NOCHE ESTA EN LA VIDA Y ESTA EN LA MUERTE, NADIE LO VE, PERO TODOS LO TIENEN ¿QUÉ ES?

La capacidad de reacción de las personas que asistían a la presentación del mensaje estaba reducida a cero, Ni siquiera se oyeron exclamaciones, ni un suspiro. Pero el más estupefacto de todos parecía el propio Brandon Nye.

Tardó varios segundos en reaccionar. Se dirigió a la consola de la radio, pidió con un gesto a su manipulador que le cediese el sitio y envió una respuesta. En la pantalla desapareció el acertijo y apareció dicha respuesta:

EL TIEMPO

Inmediatamente, llegó otro mensaje, y tan sólo por el sonido todos comprendieron que, por fin; la emisión desde la nave extraterrestre era diferente.

En la pantalla desapareció EL TIEMPO, y apareció:

RESPUESTA CORRECTA DEL HERMANO SOL-3-USA-NYE ROGAMOS CONTACTO MAS CERCANO.

El mensaje quedó fijo en la pantalla. El encargado de la computadora miraba su consola con expresión alucinada. Por fin, miró el papel con las anotaciones de Brandon Nye y movió la cabeza.

Y de pronto, todos empezaron a hablar al mismo tiempo, con una excitación inaudita. Brandon Nye se dejó caer en una silla, todavía estupefacto. Desmond Crawl se precipitó hacia él.

—¡Muchacho, esto es algo que pasará...!

—Han vuelto —le miró pasmado Brandon—. ¡han vuelto!

—¿Cómo que han vuelto? ¿Qué quieres decir?

—Estuvieron por aquí hace dieciséis años, cuando yo vivía con mis padres en Greeley, en Colorado. Pasaron... a veinte millones de kilómetros de la Tierra, yo... yo me comuniqué con ellos por medio de una clave que me había inventado... Les puse el acertijo de las gallinas, y ellos... me pusieron el del tiempo... Yo soy el Hermano Sol-3-USA-Nye, así me... me presenté a ellos... Jamás pensé qué...

—¡Miren! —gritó alguien de pronto—. ¡Miren la nave!

Todas las miradas se posaron en la pantalla de televisión. Ahora, en la nave extraterrestre había aparecido un recuadro luminoso, del mismo

tono anaranjado que el resplandor total anterior. Un nuevo mensaje comenzó a sonar, y la transcripción apareció en la pantalla:

SEA BIENVENIDO HERMANO SOL-3-USA-NYE

—Dios bendito —susurró Carter Lester—. ¡Han abierto una escotilla de entrada! ¡Y o yo estoy loco o le han invitado a usted a visitarlos, profesor Nye!

—En lo que a mí respecta no hay ningún inconveniente —dijo Brandon—. ¿Cómo puedo ir allí?

Se oyeron algunas nerviosas risas. ¡Vaya un ingenuo problema que se le ocurría al profesor Nye!

—Esperen un momento —intervino el general Ringleman—... Un momento, por favor. Según yo entiendo, los mensajes de esa nave han estado llegando a todos los centros de recepción de la Tierra. ¿Correcto?

—Así es —asintió Carter Lester.

—La pregunta es: ¿también ellos conocen ahora la clave que les permite estar al corriente de este... diálogo? Me refiero a Rusia, Japón, China, etcétera.

—No, no. Por el momento sólo nosotros, aquí, conocemos esa clave. Ni siquiera la conocen las demás computadoras de nuestros restantes centros distribuidos en todo el país, y no la conocerán hasta que procedamos a pasar la información, lo cual es facilísimo, por supuesto. Solamente tenemos que...

—¡No! —exclamó Ringleman—. ¡No han de pasar absolutamente ninguna información a nadie, señor Lester!

—Pero nuestras estaciones de rastreo de todo el pa...

—¡He dicho que no! Hasta que la situación haya sido analizada por el Pentágono esa clave tiene que permanecer secreta. Solamente la computadora de esta Estación debe saberla, y nadie podrá manipularla a partir de ahora si no es con mi permiso expreso.

—¿Y eso por qué? —gruñó Lester—. Esta no es ninguna base militar, general.

—De acuerdo. Pero..., ¿qué le parecería a usted si yo me pusiera en

contacto directo con el Presidente y éste le diese la misma orden que yo?

—Bueno... Si la orden la diese el señor Presidente...

—Escuchen todos bien. Desde este mismo instante la computadora programada según las informaciones matemáticas del profesor Nye queda bajo custodia militar, así como toda esta Estación. Yo hablaré con el Presidente Bowman Jones, y si él decide que la vigilancia militar sea retirada, así se hará. Pero, hasta entonces, ¡nadie debe tocar ni un solo aparato en esta sala! ¿Está claro?

—Eso es una injerencia militar en asuntos científicos, general.

—Muy bien, de acuerdo. Pero dígame: ¿quiere usted correr el riesgo de haber atentado contra la supremacía científica de los Estados Unidos por pasar información que puede ser interceptada o conocida de alguna manera por otras potencias espaciales? ¿Eso es lo que quiere, señor Lester?

—¡Váyase al demonio!

El general Ringleman sonrió con benevolencia.

—Caballeros: esta Estación de Rastreo Espacial de los Estados Unidos de América queda bajo la custodia directa de las Fuerzas Armadas.

—En ese caso —deslizó socarronamente Brandon Nye—, ¿podemos mi secretaria y yo volver a Casa a cenar?

—Claro que no. Nadie que esté en estos momentos en la Estación podrá salir de ella hasta nueva orden, por ningún motivo; no podrá tampoco ponerse en contacto con el exterior por ningún medio. Lo siento, pero espero que se den cuenta de lo que esto puede significar para los Estados Unidos.

—¿Qué puede significar? —preguntó Brandon.

—Pues nada más y nada menos que la exclusiva capacidad de estar en contacto con extraterrestres. Solamente nosotros podemos entendernos con ellos... ¡Demonios, tienen que darse cuenta de las posibles repercusiones de superioridad técnica y científica que eso puede significar para nuestro país!

—Hay algo que usted parece ignorar, general —dijo amablemente, Brandon Nye—: del mismo modo que aceptaron mi clave y me

contestaron, pueden aceptar en cualquier momento cualquier otra clave procedente de cualquier otro país. Este… acaparamiento que pretende usted conseguir es, entre otras cosas, absurdo. No somos nosotros quienes podemos bloquear los mensajes que ellos quieran enviarnos, sino ellos quienes pueden decidir en todo momento con quién y cómo desean comunicarse. Estoy seguro de que ahora si lo entiende usted, ¿verdad?

—Es decir, que si: ellos deciden comunicarse con China por medio de alguna clave especial de ésta, pueden hacerlo.

—Con absoluta facilidad, del mismo modo que se comunicaron conmigo hace dieciséis años. Pasa por aquí, escuchan, y si algo les llama la atención responden o toman nota. Me permito dudar que los seres de esa nave tengan en cuenta si sus comunicantes son norteamericanos, rusos o malayos.

—Pero entonces…, ¿por qué no han utilizado antes una clave más lógica, a fin de que todos pudiéramos entenderles? ¿Por qué se han limitado a estar horas y horas con el mismo mensaje y con esa misma clave que sólo usted conocía en la Tierra?

Brandon Nye parpadeó, desconcertado.

—No tengo la menor idea —murmuró—. Bueno, claro, teníamos una adivinanza pendiente…

—¡Esto no es un juego, profesor Nye!

—No, no debe serlo…

—¿Y si esa nave fuese… una computadora? —murmuró Lorena Waverly.

## CAPÍTULO IV

Todas las miradas se posaron sobre la hermosa señorita Waverly. Y tras unos segundos de silencio, Lester Carter susurró:

—¿Una computadora?

—Bueno, quiero decir que quizá... tenían grabado el mensaje de Brandon desde hace dieciséis años y que durante este tiempo han estado... por otros sitios, y quizá ahora, al volver a pasar por aquí han vuelto a... Es una tontería, ¿verdad?

—Lo que tú quieres decir —murmuró Brandon— es algo así como si existiese una correspondencia pendiente entre esa nave y yo. ¿Es eso?

—Más o menos.

—Podría ser —deslizó Lester—, pero por supuesto no va a ser una computadora toda la nave. Lógicamente, hay seres vivientes y por supuesto muy inteligentes en esa nave, y en ese caso, sí sería posible que su computadora de captación espacial tuviese programada esa correspondencia entre ella y el profesor Nye hace dieciséis años.

—Bueno, sí, más o menos eso quería decir —asintió Lorena.

—No olviden ustedes —intervino el profesor Crawl— que han invitado a Brandon a visitar la nave —señaló la nave, con la iluminada escotilla abierta—. En realidad, yo diría que lo están esperando.

—Podría ser una locura meterse ahí dentro —dijo el general Ringleman—. No tenemos la menor idea de lo que podemos encontrar.

—Yo podría preguntárselo —propuso Brandon.

—Preguntarles, ¿qué?

—Quiénes son y qué desean. No creo que se molesten —sonrió Brandon—: son amiguetes míos.

—Tiene usted un admirable sentido del humor, profesor Nye —gruñó el general—. Les diré lo que vamos a hacer. Yo voy a llamar al Presidente, le diré que hemos descifrado la clave y que el profesor Nye solicita permiso para entablar diálogo con los ocupantes de esa nave. ¿Qué les parece?

—Ah, muy bien —dijo amablemente Brandon—. Pero sepa usted, general, que, yo puedo montar en menos de media hora una radio igual a la que utilicé para mi primer contacto hace dieciséis años. Quiero decir que puedo ponerme en contacto con ellos sin necesidad de que nadie me dé permiso.

—¡Pues usted esperará el permiso del señor Presidente!

—De acuerdo, hombre, de acuerdo, no se ponga así. ¿Podría usted, como carcelero mayor de este lugar, proporcionarnos algo para que cenemos mi secretaria y yo?

Ringleman masculló una imprecación, dio media vuelta y salió de la sala. Regresó media hora más tarde, cuando Lorena y Brandon habían cenado a su entera satisfacción. La sala estaba llena de humo, todos tomaban café, charlaban...

—Muy bien — dijo Ringleman— tengo aquí un cuestionario con las preguntas que debe usted hacer a los ocupantes de la nave, profesor Nye.

Este tomó el papel, le echó un vistazo y miró irónicamente a Ringleman. Pero asintió y fue a sentarse ante la consola de emisión. A los pocos segundos aparecía su primera pregunta en la pantalla de emisión y recepción:

EL GOBIERNO DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA SOLICITA LA INMEDIATA IDENTIFICACION DE USTEDES ESPERAMOS RESPUESTA. HERMANO SOL-3-USA-NYE:

La respuesta llegó apenas se hubieron borrado las palabras anteriores:

IDENTIFICACIÓN EEE-684300250771438602915

Brandon se volvió a mirar de nuevo irónicamente al general, que frunció el ceño y permaneció en silencio. Brandon procedió a formular la siguiente cuestión:

ROGAMOS EXPLIQUEN EL MOTIVO DE SU VISITA A LA TIERRA

Respuesta inmediata:

RECOGER INFORMACIÓN

Pregunta:

POR FAVOR, INDIQUEN QUE CLASE DE INFORMACIÓN

—¡Un momento! —asaltó Ringleman—. ¡Usted no se está ateniendo al cuestionario que…!

Pero ya estaba allí la respuesta a la pregunta formulada por iniciativa propia de Brandon Nye:

TODA.

—¡Cómo, toda! —saltó Carter Lester—… ¿Qué quieren decir con eso de toda!

—¿Formulo la pregunta del señor Lester o la del cuestionario, general? —preguntó Brandon.

—Las dos-gruñó Ringleman…

Mensaje a la nave extraterrestre:

POR FAVOR, ACLAREN RESPUESTA ANTERIOR TAMBIÉN DESEAMOS SABER CUANTAS NAVES DE GUERRA COMO LA PROTOTIPO VISIBLE ESTÁN ACERCÁNDOSE A LA TIERRA

Respuesta:

TODA NO DISPONEMOS DE NAVES DE GUERRA ESTA ES LA COMPUTADORA EEE-684300250771438602915 RECOGIENDO INFORMACIÓN UNIVERSAL

Pregunta:

INDIQUEN SU PROCEDENCIA, POR FAVOR

Respuesta:

GALAXIA TAKAMANION 6-2-9

—¡Pregúnteles para qué quieren ésa información! —exclamó Ringleman.

Pregunta:

INFORMEN RESPECTO AL USO QUE PIENSAN DAR ALA INFORMACIÓN QUÉ OBTENGAN SOBRE LA TIERRA

Respuesta:

RESPUESTA DENEGADA

—¿Denegada? —saltó Ringleman.

—¡Cállese, maldita sea! —sé mosqueó por fin Brandon—. ¿Qué quiere advertirles? ¿Que si no se portan bien enviaremos naves de guerra nuestras, como las que me han explicado que hicieron el ridículo? Ellos están teniendo demasiada paciencia, ¡y usted y su cuestionario pueden irse al huevo! ¡Yo voy a comunicarme con ellos ahora!

Pregunta:

HERMANO SOL-3-USA-NYE ACEPTA Invitación Y PROCEDERÁ A VISITARLES A LA MAYOR BREVEDAD PRESENTANDO DISCULPAS POR AGRESION. SUFRIDA POR USTEDES SOLICITO INFORMACIÓN SOBRE ASPECTO Y CONDICIONES FÍSICAS DE USTEDES PARA NO SER PORTADOR DE POSIBLES GÉRMENES O RADIACIONES NOCIVAS.

Respuesta:

BIENVENIDO HERMANO SOL-3-USA-NYE DISCULPAS INNECESARIAS INMUNES A TODO AGRADECEMOS PRECAUCIONES POR SU PARTE, NO NECESARIAS. PROYECTAMOS IMAGEN REPRESENTATIVA PROPORCIONAL DE LOS SERES DE TAKAMANION 6-2-9

Inmediatamente, de la gran pantalla de televisión donde permanecía fija la imagen de la nave extraterrestre, ésta desapareció y en su lugar apareció, para pasmo de todos, la imagen anunciada, que permaneció en pantalla por espacio de diez segundos. Tiempo más que suficiente para que, naturalmente, como todas las imágenes anteriores, quedase archivada. Tiempo para que todos pudieran pensar en lo fácilmente que la nave foránea había eliminado las señales de televisión de las naves terrestres e impuesto su proyección.

Tiempo más que suficiente para que, en un silencio impresionante, todos pudieran observar al sujeto representativo proporcional de los seres de Takamanion 6-2-9: en un rostro refinadamente humano, pero sin cabellos ni asomo de barba, relucían dos grandes, oscuros y reposados ojos de profunda e inteligentísima mirada, bajo una frente de amplitud y curvatura muy superior a la del más sofisticado terrestre representativo de la inteligencia. Nariz correcta, boca grande y bien dibujada, firme. Orejas perfectas, mandíbula sólida. El atlético cuerpo, cubierto por una indumentaria elástica de crylon o algo parecido, se veía en todos sus perfectos detalles anatómicos. Las manos, grandes y hermosas, tenían siete dedos.

Por lo demás, estaban viendo a un ser poco menos que idéntico a los

habitantes de la Tierra, de piel ligeramente oscura. Pero...

Pero en los ojos, en la frente, en todos y cada uno de los rasgos del ser de Takamanion 6-2-9 había como una... palpitación de superinteligencia sobrecogedora.

La imagen desapareció y regresaron las anteriores. Brandon Nye fue el primero en reaccionar.

—Dios mío —musitó—. Nosotros debemos ser, comparados con ellos, algo así como... primates, como... como monos... graciosos.

El general Ringleman, que estaba lívido, susurró:

—Pregúnteles si esa imagen ha sido recibida solamente en esta Estación o en todo el planeta, profesor. Por favor.

Brandon Nye no tuvo que molestarse en esto. Los teléfonos, teletipos y toda clase de medios de comunicación existentes en la sala comenzaron a funcionar. En menos de un minuto, tenían la respuesta: la imagen proyectada por la nave extraterrestre había sido captada no sólo por todas las estaciones de rastreo del planeta Tierra, sino por todos los televisores del mundo que en aquel momento estaban encendidos.

Hacia las seis de la madrugada, la nave extraterrestre había sido nominada con un nombre más fácil y manejable que el que ella había expresado con letras y cifras: Mamá Computadora. Pero los norteamericanos, siempre tan peculiares, todavía simplificaron más.

Decidieron llamarla «Mammy», simplemente.

* * *

A las ocho de la mañana, tras dormir apenas un par de horas, Brandon Nye fue despertado por el general Ringleman. Todavía medio dormido en el sillón, Brandon se quedó mirando el papel que le tendía el general.

—¿Qué es eso? —farfulló.

—Instrucciones de la Casa Blanca, profesor Nye. Debe usted comunicarse inmediatamente con «Mammy» y pasarles este mensaje. Es muy importante que esos seres le entiendan a usted muy bien.

Brandon tomó el papel, leyó el mensaje y lanzó una exclamación.

—¡Claro que no enviaré este mensaje! —gritó.

Lorena Waverly, que dormía en otro sillón cercano al de Brandon, se despertó y se quedó mirando a Brandon.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—¡Mira lo que se les ha ocurrido ahora a estos genios! —le entregó el papel el furiosísimo Brandon Nye. Lorena Waverly leyó:

RECHAZAMOS CUALQUIER TIPO DE CONTACTO CON USTEDES ABANDONEN INMEDIATAMENTE LA GALAXIA SOLAR O ATÉNGANSE A LAS CONSECUENCIAS. CASA BLANCA, ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.

—Pero... ¿por qué? —se pasmó Lorena.

—Simplemente, hay que hacerlo —dijo Ringleman.

—¡No pienso hacer semejante cosa! —aseguró Brandon—. ¡Ustedes están locos, qué demonios! Mire, general, esos seres son indiscutiblemente pacíficos, ¿no es cierto? ¡Ni siquiera disponen de naves de guerra! Y cuando les dispararon a ellos tenían motivos para repeler la agresión, si hubiesen estado armados. Pero no lo están, sólo están bien protegidas contra cualquier ataque. No piensan ser ellos los que ataquen. Sólo quieren información, diálogo. ¡Maldita sea, no me diga que en la Casa Blanca no han entendido esto!

—Sí que lo han entendido.

—¿Entonces? ¡Oh, vamos..,! Estoy seguro de qué si hoy voy allá voy a aprender más matemáticas en un minuto que en toda mi vida anterior. ¡Todos podemos aprender muchas cosas de ellos! Son unos seres tan indudablemente superiores a nosotros que...

—Esa es la cuestión, profesor.

—¿Qué? ¿Cuál cuestión?

—No puedo decírsela: es secreto de estado.

—Secreto ¿de qué?—se pasmó Brandon.

—De estado.

—¡Pero qué coño de secretos...! ¡Todo el mundo sabe que esa nave está ahí!

—Queremos que se marche, eso es todo. Y usted va a enviar el mensaje en ese sentido.

—No lo haré. He estado esperando una nave para ir allá y ahora me sale usted con esas... ¡No lo haré! Tendría que estar loco para desperdiciar la oportunidad de comunicarme con seres que pueden enseñarme más cosas en un día de las que aprendería en toda mi vida en la Tierra. ¿Secreto de estado? ¡Pero qué secreto, hombre...! Ellos están ahí arriba recogiendo toda la información sobre nuestro planeta. ¡Y me viene usted con secretillos...! Esos seres saben hasta el color de los calzoncillos del Presidente, ¿no puede entender esto? ¡Saben de la Tierra más que nosotros! Así que explíqueme usted qué mierda de secreto de estado se puede tener con ellos.

—No es con ellos —dijo de pronto Lorena, sonriendo como divertida—: es con el resto del mundo, Brandon.

—¿Qué quieres decir?

—Hasta el momento, aunque admitiendo que algunos países nos van a la zaga o casi codo a codo con nosotros, Estados Unidos continúa siendo el país más adelantado del planeta prácticamente en todos los aspectos. En la Casa Blanca han comprendido que si «Mammy» hace contacto con los terrestres, no será sólo con los norteamericanos, sino con todos los terrestres, ya que para ellos nosotros sólo somos un puñado de... primates iguales a los demás. Admitiendo la posibilidad de que los seres de Takamanion 6-2-9 pudieran aportar algo beneficioso al planeta Tierra, los beneficiarios serían todos los terrestres, no sólo los norteamericanos. Y esto podría significar que en muy poco tiempo todos los habitantes de la Tierra estarían al mismo nivel social, económico, humano, etcétera, que los habitantes actuales de los Estados Unidos. Como consecuencia de ello, toda la raza humana experimentaría un gran progreso general..., con lo que Estados Unidos dejaría de ser importante. Seria un país más del planeta Tierra, ya que nadie necesitaría su ayuda, ni consejos, ni riquezas, ni nada de nada. Y entonces, Estados Unidos perdería su hegemonía mundial..., cosa que evidentemente no desean en la Casa Blanca. ¿Es eso, general?

Ringleman estaba demudado. Brandon, que miraba con expresión incrédula a Lorena, lo miró a él de pronto.

—Maldita sea su estampa —jadeó—. ¿Se trata de eso

—Curse el mensaje, profesor Nye —musitó Ringleman.

—Váyase a la mierda. Lorena, larguémonos de aquí.

—Profesor Nye, por última vez: curse el mensaje o considérese arrestado. Su traición...

—¿Mi qué? Oiga, usted está loco. Lo único que estoy haciendo es negarme a decirle a unos seres que parecen amistosos que se larguen de aquí. Díganselo ustedes. A fin de cuentas, yo les proporcioné la clave.

—Queremos que sea usted.

—¡Bueno, pues no voy a...!

—¡Mi general! —apareció de pronto un oficial en la sala de descanso —. ¡Debe usted venir inmediatamente, señor!

—¿Qué ocurre? —se sobresaltó Ringleman.

—¡Varias naves de otras potencias, de las que vigilaban a «Mammy», han entrado por la escotilla!

El general Ringleman quedó demudado, y acto seguido salió corriendo de la sala. No menos impresionados que él, Brandon y Lorena corrieron en su seguimiento.

Llegaron los tres a la vez a la sala de rastreo, donde todo el personal se agolpaba ante la pantalla de la computadora receptora de mensajes. En esta ocasión, el mensaje había sido enviado por la nave comandante de los Estados Unidos de las que volaban alrededor de la nave extraterrestre.

El mensaje decía:

DOS NAVES RUSAS, UNA NAVE CHINA, DOS NAVES JAPONESAS, UNA NAVE AUSTRALIANA, UNA NAVE HINDÚ HAN PENETRADO ESCOTILLA DE «MAMMY» SOLICITAMOS URGENTEMENTE INSTRUCCIONES

El general Ringleman no se lo pensó ni un segundo.

—Comuniquen a nuestra nave comandante el siguiente mensaje:

SI TODAVÍA ES POSIBLE TRES NAVES NUESTRAS DEBEN ENTRAR EN «MAMMY» CON EL FIN DE CONTROLAR AL PERSONAL DE LAS NAVES ANTERIORES AJENAS A NOSOTROS E IMPEDIR QUE SIGAN ENTRANDO NAVES DE OTRAS POTENCIAS SEGUIRÁN MUY

PRONTO INSTRUCCIONES COMPLEMENTARIAS Y DEFINITIVAS. FIRMADO: GENERAL RINGLEMAN...

¡Cursen eso inmediatamente!

—Sí, señor.

Las órdenes fueron cursadas. Acto seguido, todos prestaron atención a la pantalla de televisión, en la cual, ahora se vio perfectamente cómo tres naves USA parecían engullidas una tras otra por la escotilla de Mamá Computadora.

—Muy bien-dijo Ringleman—. ¡De ninguna manera vamos a permitir que sean otros los que hagan contacto con esos seres sin que...! ¿Qué pasa ahora?

No pasaba nada realmente especial: sencillamente, «Mammy» acababa de cerrar la escotilla apenas hubo entrado la última nave norteamericana. El recuadro de luz anaranjada desapareció, la enorme nave volvió a ser como un frío, hermético, inaccesible disco suspendido en el espacio.

Durante unos segundos, el estupor y hasta el miedo mantuvo paralizado a todo el mundo en la sala de rastreo. Por fin, Ringleman jadeo:

—Comuniquen de nuevo con la nave y pidan información sobre lo que está ocurriendo en «Mammy».

El mensaje fue cursado.

Respuesta en la pantalla:

SEGUIMOS ESPERANDO VISITA DE HERMANO SOL-3-USA-NYE BIENVENIDO HERMANO SOL-3-USA-NYE

—¡Pero qué demonios es esto! —jadeó Ringleman—. ¡No quiero contacto ahora con esa gente, quiero contacto con nuestras naves y saber qué está ocurriendo dentro de esa nave de Takamanion o como demonios se llame! ¡Comuniquen con nuestras naves!

El mensaje de petición de información fue cursado nuevamente. Esta vez, no apareció respuesta alguna en la pantalla. Ringleman insistió, pero tampoco esta vez hubo respuesta. Ni a la siguiente tentativa. Por fin, el operador miró aterrado al general.

—Es inútil, señor —tartamudeó—. Tengo la impresión de que ni siquiera reciben nuestros mensajes. Han quedado bloqueados totalmente ahí dentro.

—¡Advierten a «Mammy» de que si no permiten…!

Se calló. Pese a la preocupación, Brandon Nye le miraba irónicamente, ¿Advertirles? ¿De qué? ¿De que un mosquito quería atacar a un elefante?

—Tengo que consultar de nuevo con el Presidente —murmuró Ringleman, cambiando el tono y las palabras que se disponía a utilizar antes.

—Dele recuerdos de mi parte —dijo amablemente Brandon Nye—. Y dígale que, al parecer; la única persona de la Tierra con la que los amiguetes de la nave quieren contacto es con el profesor Brandon Nye, su humilde servidor.

## CAPÍTULO V

—Es enorme —jadeó Ringleman—, ¡verdaderamente enorme!

Hacía ya casi cinco horas que Ringleman, Brandon Nye y Lorena Waverly (pues Brandon se había negado a viajar sin su secretaria) habían partido de la base de Cabo Cañaveral en una nave de reconocimiento, de reducido tamaño. Ahora, en la oscuridad estrellada, la nave podía ser vista directamente a través del cristal de la cabina de mandos, atendida por dos pilotos de la NASA. Lanzada a veinte mil kilómetros por hora, la pequeña nave norteamericana se iba acercando más y más a Mamá Computadora, que permanecía en el espacio, inmutable e inabordable.

En la Tierra, en la base de la cual habían partido Brandon, Lorena y Ringleman, sólo esperaban recibir instrucciones de la pequeña nave para, utilizando la clave de Brandon, informar a Mamá Computadora de que el hermano Sol-3-USA-Nye estaba llegando y solicitaba permiso para entrar.

Pero no hubo necesidad de enviar ese mensaje. Cuando la proximidad a la gigantesca Mamá Computadora era ya de menos de cinco mil kilómetros, la advertencia sonó de pronto en la radio de frecuencia internacional espacial:

—Atención nave USA aproximándose a Mamá Computadora, atención: absténgase de mayor acercamiento, y, definitivamente, de intentar entrar en nave foránea. Se ha establecido un acuerdo local espacial entre las naves que seguimos en el exterior, basado en los siguientes puntos: uno, exigimos que las naves terrestres que entraron en Mamá Computadora salgan de ésta; dos, ha habido unanimidad exterior en el sentido de que, o entramos todos en Mamá Computadora o no entra nadie. Digan si han recibido el mensaje.

—No contesten —dijo fríamente Ringleman—. Y por supuesto, sigan acercándose a «Mammy». Dentro de cinco minutos solicitaremos a la base que envíe mensaje anunciando la llegada de Sol-3-USA-Nye.

—Muy bien, señor.

Cinco minutos más tarde, el mensaje fue enviado a la Estación norteamericana, desde la cual estuvo bien claro que a su vez, utilizando la clave de Nye, avisaron a Mamá Computadora, pues la escotilla de ésta volvió a abrirse.

Inmediatamente, en el oscuro espacio aterciopelado comenzaron a sucederse los incidentes. Mientras un nuevo mensaje en el mismo sentido que el primero, procedente de las naves del exterior, llegaba a la de Brandon Nye, dos naves se acercaron y dispararon contra ésta. Las rectilíneas y lívidas señales surcaron el espacio, pasando por encima y por debajo de la nave de Brandon Nye. En el acto, dos naves norteamericanas tomaron cartas en el asunto, maniobrando para apuntar sus armas hacia las dos agresoras y, a su vez, enviaron sendas andanadas neutrónicas de aviso. Una quinta nave intervino, disparando contra uno de las dos norteamericanas. Una de éstas se desintegró en el acto, formando una roja bola en la negrura del espacio. La otra replicó al fuego, desintegrando a su vez a la que había abatido a la norteamericana. El espacio se llenó de líneas lívidas y rojas de los disparos, que se generalizaron rápidamente. Otra nave desapareció, dejando sólo aquella bola roja por un instante.

—Dios bendito —sollozó Lorena.

Un enloquecido entramado de líneas de disparos formó en la oscuridad una iluminación siniestra. Dos naves más fueron desintegradas...

—Esto es la guerra —jadeó Ringleman—. ¡Es la guerra total en el planeta Tierra! ¡Y se ha iniciado aquí, en el espacio, después de tantos años de contención...!

Algunos disparos buscaban la nave de ellos, lívidas rayas pasaban como relámpagos a pocos kilómetros de distancia. En la inmensidad del espacio, alrededor de Mamá Computadora, se había desatado el caos, por fin.

Una nave no norteamericana se acercaba a velocidad máxima hacia la de Brandon Nye, disparando sus armas. Dentro de esta nave, no armada y ocupada solamente por cinco personas, todo quedó iluminado cegadoramente merced a los disparos que buscaban el impacto...

Y de pronto, de un punto de Mamá Computadora apareció lo que en principio fue tomado por un reflector de intensísima potencia. La cegadora luz anaranjada llegó a la nave de Brandon Nye, en un impacto que no tuvo consecuencia alguna; simplemente, la nave quedó como atrapada en el largo cono de luz anaranjada, que ahora parecía de materia sólida. En el interior de este cono de luz, la nave de Brandon. Nye continuó su viaje hacia Mamá Computadora, mientras los disparos que finalmente la habrían alcanzado se disolvían al tocar

la luz anaranjada, como gotas de agua en tierra sediente.

—Los mandos no obedecen —explicó uno de los pilotos, con voz aguda—. ¡Estamos siendo conducidos en este rayo de luz hacia «Mammy»!

Ya no veían nada de lo que sucedía a su alrededor. Disparos y más disparos llegaban a la posición de la nave de Brandon Nye en el rayo de luz, pero absolutamente nada ocurría. La luz anaranjada absorbía la tremenda energía destructiva de todos y cada uno de los disparos, y eso era todo.

De pronto, la luz se apagó. Por un instante, los cinco ocupantes de la nave no vieron nada. Luego, se quedaron mirando horrorizados cómo su nave, lanzada a veinte mil kilómetros por hora, estaba a punto de estrellarse contra Mamá Computadora, cuyo tamaño enorme se redujo en un instante cuando, finalmente, la pequeña nave desapareció por la oscura escotilla, que se cerró en el acto tras ella.

Hubo como una vibración de intensidad suavísima y la nave que un segundo antes iba a veinte mil kilómetros por hora se detuvo y se posó en la metálica superficie. En su interior, los cinco ocupantes se miraron unos a otros con expresión desorbitada.

Brandon Nye fue el primero en reaccionar, esbozando una sonrisa que no le salió demasiado convincente.

—Bueno —murmuró—, era de esperar que mis amigos no nos hiciesen daño alguno, ¿verdad?

—Jamás he visto nada igual —dijo uno de los pilotos—: han controlado esta nave como si fuese un juguete. ¡Hemos pasado de veinte mil kilómetros por hora al frenado total en cuestión de segundos! Lógicamente, deberíamos estar todos muertos y la nave destrozada por completo.

—Pero estamos vivos —sonrió ahora de modo más convincente Brandon Nye.

—Y los indicadores informan que todo funciona perfectamente —dijo el otro piloto, todavía atónito y asustado.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Ringleman—. Nuestra misión es bien específica: debemos asegurarnos de que nadie ajeno a los Estados Unidos en el interior de «Mammy» consigue informaciones para su país, ni relaciones con los de Takamanion antes que nosotros.

—General, usted no quiere admitir la realidad —dijo casi amablemente Brandon—: ni dentro ni fuera de «Mammy» nadie conseguirá nada que «Mammy» no quiera que consigan. Y debo recordarle a usted que el señor Presidente me ha dotado de atribuciones de mando total en esta expedición en cuanto se refiere a relaciones con los ocupantes de «Mammy».

—¡Pero ahora ha estallado la guerra y…!

—Aquí dentro no hay guerra —cortó Brandon—. Quizá ahí fuera esos locos continúen despedazándose y también es posible que en la Tierra hayan comenzado a disparar sus artefactos de demolición total, pero aquí dentro no ocurre nade de eso. Bien: ¿dónde estamos, Purdom?

El piloto aludido señaló a través del cristal.

—Parece un hangar, profesor. No mucho más amplio que el tamaño de nuestra nave; algo así como un túnel. Bueno, yo diría que nuestra nave es algo así como un… gusaníto dentro de una manzana. ¡Pero una manzana grande como un rascacielos!

—Posiblemente haya muchos más túneles tipo hangar como este —intervino Nelson, el otro piloto—. «Mammy» tiene un diámetro de tres kilómetros, y una altura o grosor calculado en unos trescientos metros…, lo que vendría a ser Como un rascacielos de unos cien pisos. Bueno, si esto no es una nave grande, ya no sé qué puede ser grande.

—¿Qué indican los medidores de atmósfera? —preguntó Brandon.

Nelson movió la cabeza.

—Hágase usted la idea de que está tomando el sol en Miami Beach, profesor. O sea, que según todos los datos podemos salir como si estuviéramos en casa.

—En ese caso —sonrió ya definitivamente Brandon Nye—, salgamos de una vez.

Tuvieron la primera sorpresa apenas los cinco estuvieron fuera de la nave. Ante ellos apareció una pequeña bola de luz anaranjada, suspendida, que les ocasionó un ligero sobresalto. Pero la bola, simplemente, comenzó a desplazarse alejándose de ellos y se detuvo a pocos metros, como esperándolos.

—Parece una naranja-dijo Lorena.

—Pues sigamos a la naranja.

En cuanto comenzaron a andar en dirección a la hermosa bola luminosa, ésta se puso de nuevo en movimiento. En el piso metálico resonaban las pisadas de los cinco terrestres, y eso era todo. La impresión de todos la resumió Purdom:

—Parece como si estuviéramos en el interior de una masa de silencio...

A la derecha de la bola luminosa se abrió de pronto silenciosamente un panel. La bola desapareció por el hueco y los terrestres continuaron tras ella, por otro pasillo, que terminó de pronto. Había un disco metálico en el piso y, encima del disco, lo que parecía un respiradero de unos tres metros de diámetro. Siguiendo el ejemplo de Brandon, los demás se colocaron sobre el disco, que en el acto inició la ascensión a través del tubo metálico, en una oscuridad azulada que permitía observar el bellísimo tono de la bola luminosa, que permanecía apenas a dos palmos de la cabeza de Brandon.

—Estás preciosa, Lorena —dijo Brandon—. Si alguien inventase en la Tierra un maquillaje de este color se haría rico.

—Tu rostro también tiene un color muy bonito, Brandon.

—Sí. Todos somos guapos ahora. Incluso el general, lo que no deja de ser gracioso.

El disco se detuvo y quedó ensamblado al piso de tal modo que no se vio en absoluto la juntura. Pero los cinco terrestres no estaban en condiciones para fijarse en ese detalle. Boquiabiertos, miraban a su alrededor.

Estaban ahora en el centro de una sala cuyo tamaño excedía todo lo conocido. Debía medir no menos de un kilómetro de largo y otro tanto de ancho, y la altura hasta el techo no era inferior a los diez metros. Pero esto, con ser impresionante, no era todo: las cuatro paredes estaban recubiertas desde el suelo al techo por miles y miles de aparatos de todos los tamaños y de todas las clases, desde lo que parecían televisores corrientes de la Tierra a instrumentos cuyo cometido escapaba a cualquier hipótesis.

La bola luminosa se desplazó de nuevo, acercándose ahora a una de las paredes recubiertas de instrumentos. A medida que se iban acercando, Brandon Nye fue viendo con nitidez el contenido de una pantalla de televisión cuyo tamaño podía calcularse en dos mil

pulgadas. En esa pantalla aparecían cifras y símbolos, por la parte de arriba, y desaparecían por la de abajo, como en una cascada de ecuaciones que parecía no tener fin. Brandon identificó, naturalmente, los números del uno al cero y algunos de los símbolos matemáticos, pero sintió un profundo desaliento muy pronto al comprender que la proporción mínima entre lo que conocía y lo que desconocía era de uno a diez mil.

—Dios bendito —murmuró—.¿Dónde nos hemos metido?

—Como ustedes dicen —habló de pronto la bola de luz—, están en Mamá Computadora, Hermano Sol-3-USA-Nye.

La sorpresa fue tal que no habría sido censurable que los cinco se desmayaran. No porque la bola hablase, sino por que, simultáneamente, se convirtió en un ser. Un ser de casi tres metros de estatura, y cuyas características físicas eran las de la imagen enviada a la Tierra desde Mamá Computadora. Un hermoso ser de amplísima frente y ojos inteligentísimos, un atleta increíble, cuyas manos tenían siete dedos. Ante ellos tenían la imagen representativa proporcional de los seres de Takamanion 6-2-9.

—Dios mío —jadeó Lorena, al borde del desmayo.

—No esperaba que se asustaran —dijo el ser—: ya enviamos nuestra imagen para prepararlos.?

—No estamos asustados —dijo Brandon—, sólo impresionados. ¿Es usted quien ha estado atendiendo el contacto conmigo?

—Digamos que soy el anfitrión encargado de atenderlo, Hermano Sol-3-USA-Nye. Sea bienvenido.

Gracias. Mis acompañantes son...

—Los conocemos a todos. Con el fin de facilitar el diálogo, a mi pueden llamarme Takamanion, simplemente.

—Muy bien. Estoy... aturdido, francamente.

Takamanion lanzó una carcajada que dejó estupefactos a los terrestres.

—¡Pues tendría que haber visto usted lo que ocurrió con nuestros instrumentos cuando recibieron la adivinanza de las gallinas! Naturalmente, adaptaron en el acto los sistemas a la novedad, pero por una millonésima de segundo —señaló a su alrededor— todo esto

dejó de funcionar. Y fue debido a esa… ruptura del tiempo que se nos ocurrió a nuestra vez la adivinanza del tiempo.

—Tardé diez años en encontrar la respuesta.

—Sí, lo supimos, pero estábamos ocupados en otros lugares del universo. Vinimos en cuanto nos fue posible. La verdad es que si pasamos cerca de la Tierra fue por lo que ustedes llaman casualidad, ya que nunca nos interesó ese planeta.

—¿Porqué?

—Considerábamos que no valía, la pena. Sin embargo, después de su adivinanza de las gallinas, y en cuanto supimos que usted había resuelto la nuestra del tiempo, decidimos volver.

—¿Ustedes supieron que yo había resuelto diez años más tarde su adivinanza del tiempo? ¿Cómo lo supieron?

—Nuestros instrumentos captaron la energía mental de usted, Hermano Sol-3-USA-Nye, y quedó registrada y computada. Desde entonces no hemos perdido contacto con usted.

—¿Quiere decir —palideció Brandon— que una de sus… pequeñas computadoras recibe mi energía mental…, que sabe lo que ocurre en mi cerebro en todo momento?

—No exactamente. Lo exacto es que la computadora que se le asignó a usted es un duplicado de su cerebro. Para saber qué piensa o siente el Hermano Sol-3-USA-Nye sólo tenemos que preguntárselo a su computadora.

—Eso… es algo así como disponer de mi cerebro…

—Exactamente. Pero no se asuste, no es usted el único terrestre que ahora tenemos en esas condiciones. En estos momentos estamos asimilando la energía mental y los conocimientos de las cien mil personas más inteligentes, dotadas y documentadas de la Tierra. Todo cuanto ellas saben y piensan está siendo asimilado y programado en el núcleo central tras ser absorbido por cada computadora particular. Lo que nos sorprende y apena es que ustedes sepan tan poco sobre su propio planeta. Sus conocimientos son insignificantes, sus teorías están en su mayor parte equivocadas, sus enciclopedias contienen multitud de errores de base y de forma, su línea mental es absurda, o, al menos, incomprensible para nosotros, sus sistemas de convivencia son absolutamente brutales… Sólo hemos localizado unas pocas

excepciones, y nos estamos preguntando si esas excepciones podrían convertirse en la regla general...

—¿Qué es lo que pretenden ustedes?,—exclamó de pronto Ringleman —. ¿A qué han venido, qué quieren?

Takamanion lo miró apaciblemente y todos tuvieron la impresión de que adivinaba con facilidad los pensamientos de Ringleman.

—General Ringleman, observe todos estos instrumentos: cada uno de ellos está absorbiendo los conocimientos que existen en la Tierra sobre cada materia. Por ejemplo, ese de ahí —señaló— está recogiendo telepáticamente los conocimientos que existen en la Tierra sobre las arañas, y le aseguro a usted que jamás hemos encontrado en el universo seres tan desinformados como ustedes con respecto a las criaturas con las cuales conviven. Hemos... paseado por la superficie de su planeta cientos de nuestros asimiladores telepáticos, y cada uno de ellos ha enviado al centro coordinador, selector y grabador una información que sólo puede definirse como raquítica, por no utilizar términos más duros. En estos momentos, nosotros sabemos más que ustedes sobre las arañas, y sobre todo, absolutamente sobre todo cuanto hay en la Tierra. Estamos recibiendo información de sus mejores cerebros, que, en sí mismos, no parecen tan deleznables como indican sus escasos conocimientos. Sin embargo, el átomo, la luz, el mar, el aire, el silencio, el tiempo y miles y miles de cosas más. ¡Y no digamos en matemáticas...! Precisamente, nos llamó la atención el cerebro del Hermano Sol-3-USA-Nye por su capacidad para desarrollar las ciencias exactas, pero, imagínese nuestra sorpresa cuando descubrimos que la relación entre sus posibilidades y capacidad base estaban en un desfase abismal con sus conocimientos. Nos preguntamos, francamente, qué han estado ustedes haciendo durante estos millones de años.

—Repetiré mi pregunta —jadeó Ringleman—: ¿a qué han venido ustedes a la Tierra, qué buscan, qué quieren?

—Información —sonrió Takamanion—. Pero ya hemos comprendido y comprobado que no vale la pena, como suponíamos en un principio. Lo que no teníamos comprobado era la calidad de sus cerebros: son mucho mejores de lo que evidencian sus conocimientos. ¿Cómo es eso posible? ¿Sabía usted, general Ringleman, que proporcionalmente la araña utiliza su cerebro mucho mejor que ustedes el suyo?

—¡No diga tonterías!



Takamanion contempló con pasmada sorpresa a Ringleman. De nuevo miró a Brandon Nye.

—Naturalmente —dijo—, podemos realizar el proceso a la inversa, pero mucho nos tememos que sería para sus cerebros una sobrecarga que no podrían soportar.

—¿Quiere decir… enviar información a esos cien mil cerebros en lugar de absorber la que ya tienen?

—En efecto. Pero sería lo mismo que utilizar un hilo de coser para suspender un bloque de acero de mil toneladas.

—¿Eso… reza también para mi cerebro en cuestiones de matemáticas?

—Lo siento, pero así es, Hermano Sol-3-USA-Nye. Como usted bien ha comprendido, nosotros podríamos pasar a la computadora gemela de su cerebro una buena parte de nuestros conocimientos matemáticos, y proceder luego a la inversa, es decir, en lugar de mantener su computadora gemela asimilando su energía mental, utilizarla para enviar al cerebro de usted la información que nosotros le habríamos programado. Pero su cerebro no lo resistiría, se… disolvería.

—Bueno… ¿Ni siquiera… una pequeña información, algo… minúsculo?

—Se podría probar —sonrió Takamanion—. ¿Le gustaría?

—¡Claro que me gust…!

—Espere un momento —dijo Ringleman, cuyo rostro estaba demudado—. Usted no se da cuenta de lo que Takamanion le está diciendo, profesor: Le está diciendo exactamente que si ellos quieren pueden programar los cerebros de cien mil habitantes de la Tierra a su comodidad y deseos. Y quien dice mil, dice de toda la humanidad. Solamente tienen que colocar computadoras gemelas a cada uno de los habitantes de la Tierra y proceder a la inversa, es decir, no absorber lo que ya hay en nuestros cerebros, sino enviar lo que ellos quieran que haya, es decir, programarnos a todos como si fuésemos… robots. ¿Lo he entendido bien, Takamanion?

—Por supuesto. Y serían ustedes, como robots, mejores de lo que son ahora como supuestos librepensantes. Sin embargo…

—Espere. ¿Cuántos son ustedes en esta nave?

—¿Se refiere a seres como yo?

—Sí. ¿Cuántos son? ¿Mil, diez mil…?

—Ninguno. Esto es Una computadora espacial, general, y hace miles de años que viaja sola por el espacio, programada para recoger información de todo el universo. No necesita tripulación ni personal de ninguna clase. Hasta que emita su señal de deterioro estará recorriendo el universo siguiendo el programa establecido hace miles de años en Takamanion; entonces, simplemente, se le ordenará que regrese para ser fundida.

—¿Pretende hacerme creer eso? ¿Pretende hacernos creer que una nave como esta viaja con una sola persona para atenderla?

—Si se refiere usted a mí, ni siquiera eso, ya que yo no estoy aquí.

—¿No? ¿Dónde está?

—En Takamanion, naturalmente.

—¿Pretende tomarnos el pelo?

—General Ringleman, ustedes están viendo la imagen representativa proporcional de Takamanion 6-2-9. Esto significa exactamente que yo no soy como me están viendo físicamente, sino muy diferente. El aspecto físico actual ha sido acomodado a las imágenes de ustedes, eso es todo, expresando nuestra superioridad con este aspecto más evolucionado física y mentalmente, y con siete dedos para indicar una mayor habilidad manual. Pero, repito, ni soy así, ni estoy aquí: soy sólo una imagen representativa proporcional.

—Muy bien —dijo hoscamente Ringleman, sacando una pequeña pistola láser—, si usted no está aquí no puedo hacerle daño alguno, ¿no es cierto?

—Guarde eso —gruñó Brandon—. ¡No empiece con su maldito belicismo, general!

—Profesor Nye, usted no entiende. Existe el peligro más que evidente de que estos seres hayan venido a dominar nuestro planeta, a convertirnos a todos en robots. ¡Y le aseguro que no sucederá eso mientras yo pueda impedirlo! Así que lo primero que voy a hacer es empezar a eliminar enemigos aquí dentro… ¡De este modo!

Apuntó rápidamente a Takamanion y oprimió el disparador de la pistola.

# CAPÍTULO VI

La destructiva línea rojiza apareció, directa hacia el pecho de Takamanion.

Pero Takamanion ya no era Takamanion. En un instante, regresó a su anterior estado de bola luminosa, en la cual impacto al rayo láser…, al mismo tiempo que Brandon cargaba contra Ringleman, desviando tardíamente el arma y golpeándole duramente en la barbilla. Ringleman cayó de espaldas, aturdido, y Brandon quedó en poder de la pistola. Alteradísimo, se volvió a mirar la bola luminosa, que permanecía en el mismo sitio, inalterable. Los dos pilotos y Lorena estaban petrificados por el miedo ante este hecho y el producido por la reacción del general Ringleman.

Brandon abrió la boca para iniciar una disculpa, pero entonces, simplemente, la bola luminosa desapareció. Fue como si nunca hubiese estado allí. Lorena Waverly se agarró a un brazo de Brandon. Los dos pilotos estaban pálidos, casi tanto como Brandon Nye.

Este miró alrededor, como esperando ver la bola luminosa en alguna parte; pero no había la menor posibilidad de ello. Sólo estaban los miles y miles de instrumentos y la gran pantalla que iba pasando cifras y símbolos matemáticos, como una lenta, monótona, indiferente cascada de información analizada hacia el centro coordinador de la gigantesca Mamá Computadora. En televisores cercanos de veían imágenes diversas: un cirujano operando a corazón abierto; un grupo de hombres con batas blancas trabajando en un laboratorio; una nave industrial donde, al parecer, se fabricaban elementos de iluminación; una gran extensión de terreno donde se estaba procediendo mecánicamente a la siembra de cereales; un submarino de sondeo; una estación meteorológica; un oso blanco entre hielos; unos niños contemplando las imágenes de un televisor; una factoría de conservación de alimentos…

—¿Puede ser verdad todo lo que ha dicho? —murmuró de pronto Purdom.

Brandon lo miró, pero no contestó. Regresó su alucinada mirada a la enorme pantalla de la que, interminablemente, seguían deslizándose cifras y símbolos de arriba abajo. No se oía nada, no había el menor chasquido de energía, ni de mecanismos, nada… Y sin embargo, estaban en Mamá Computadora, un… artefacto que, a cien mil kilómetros de la Tierra, estaba absorbiendo toda la información

posible sobre ésta. No la información que poseía el Hombre, sino TODA la información obtenible, la sabiduría de todo cuanto existía en el tercer planeta solar. Todo cuanto el hombre todavía ignoraba y tardaría quizá milenios en llegar a saber sobre su morada, lo estaba sabiendo Mamá Computadora, lo estaba absorbiendo, asimilando, clasificando y archivando.

—Santo Dios… ¡Toda la nave es una sola computadora organizada con miles de computadoras auxiliares! —casi gimió Brandon.

—En alguna parte debe estar el centro coordinador y receptor —dijo Lorena—. Seguramente hay docenas de salas como ésta en los diferentes pisos de la nave.

—Yo creo… —el piloto Nelson carraspeó— yo creo, profesor, que el general Ringleman tiene razón: esta nave es un peligro para todos los seres de la Tierra. Por lo que he creído entender, en cualquier momento puede llegar desde Takamanion la orden de que se proceda a la inversa con esas computadoras gemelas, y convertir a los cien mil mejores cerebros del planeta en robots. Y acto seguido, a todos los demás terrestres. ¿Entendí bien?

—Sí —susurró Brandon—. Sí, entendió bien, Nelson.

—En ese caso —intervino Purdom—, deberíamos… destruir a «Mammy», profesor.

—Eso es infantil —rechazó Brandon Nye—. En primer lugar, porque no estamos preparados ni tan siquiera para producirle una pequeña grieta. Y en segundo lugar, porque si realmente desearan programar a todos los habitantes de la Tierra todo lo que tendrían que hacer es enviar inmediatamente una… hermana de «Mammy». O cien Mamas Computadoras.

Lorena y los dos pilotos miraban aterrados a Brandon Nye, comprendiendo los razonamientos indiscutibles de éste. Los seres del planeta Tierra estaban en la misma situación que unas cobayas dentro de sus jaulas: sólo harían lo que sus manipuladores quisieran que hiciesen.

—¡Pero algo se debe poder hacer! —jadeó Nelson.

—Avíseme si se le ocurre alguna idea digna de ser escuchada —encogió los hombros Brandon.

—¿Qué debe estar pasando afuera? —murmuró Purdom—. ¿Habrán

cometido la locura de agredirse todos mutuamente? Si así ha sido, cuando salgamos de aquí no quedará riada de la Tierra.

—¿Y por qué supones que saldremos de aquí? —masculló Nelson—. Ni siquiera sabemos cómo volver a nuestra nave. Y la posibilidad de encontrar nosotros mismos la salida no existe.

—Me pregunto dónde estarán los hombres que llegaron en las naves anteriores a la nuestra —dijo Brandon—. Bien, vamos a ver si el general recobra el conocimiento y tomamos entre todos una decisión... qué no sea violenta, es decir, que sea mínimamente inteligente.

El general Ringleman se recobró, refunfuñó algo contra Brandon, y finalmente aceptó estudiar con un mínimo de cordura la situación. El primer acuerdo, al que se llegó fue buscar a los demás terrestres llegados antes que ellos a Mamá Computadora.

—En alguna parte debe haber pasillos, o túneles, escaleras, puertas... ¡algo! —Exclamó Ringleman—. Así que busquemos.

—Es como si unos ratoncitos se perdieran en un portaaviones le recordó Purdom.

—No importa. Lo único que no podemos hacer es permanecer aquí esperando acontecimientos sin intentar controlar la situación en lo posible... ¡Maldita sea, este lugar me pone los pelos de punta!

—Ya sé dónde están todos —dijo de pronto Brandon.

—¿Dónde? —exclamó Ringleman.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Lorena.

Brandon Nye sonrió enigmáticamente.

—Lo sé. Vamos allá.

Se dirigió sin vacilar a determinado punto en el centro de la sala, seguido por los demás. Una vez estuvieron todos a su lado, simplemente un disco se desprendió del piso, iniciando el descenso. No disponían esta vez de iluminación de la bola anaranjada, y sin embargo, se veían perfectamente, no porque hubiera otra clase de luz, sino como si cada uno de ellos tuviese luz propia.

Descendieron solamente unos cinco metros y se hallaron en otra sala, de proporciones mucho más reducidas. Brandon se colocó en un punto

determinado de ésta y de nuevo iniciaron el descenso en un disco. Lorena miraba fijamente a Brandon Nye. De pronto, musitó:

—Brandon: ¿estás recibiendo información?

—Así es —sonrió Brandon—. Dicho en los términos que desagradan al general, me están… robotizando.

Ringleman lanzó una exclamación de alarma, pero Lorena no le dejó hablar, se adelantó ella, excitada:

—¿Qué sientes? ¿Qué se siente, Brandon? ¿Qué informaciones estás recibiendo?

Brandon se limitó a sonreír. El disco se detuvo y de nuevo se encontraron en otra sala, en la que solamente había una gran computadora auxiliar… y unas cien personas; cien terrestres de diversas razas, todos inmóviles.

—¡Ahí están! —gritó Ringleman—. ¡Todos los que…!

No dijo nada más. Pareció darse cuenta de pronto de la extraña absoluta inmovilidad de los tripulantes de las naves que les habían precedido al interior de Mamá Computadora. Sobrecogidos, todos menos Brandon se quedaron mirando a los terrestres: chinos, japoneses, hindúes, norteamericanos, rusos, australianos, cada cual con su uniforme espacial, muchos de ellos con su pistola en la mano, todos con el casco vítreo colocado. Estaban en diversas posturas, casi todas ellas manifiestamente agresivas. Todos tenían los ojos abiertos y, cuando se acercaron lentamente a ellos, observaron sus muecas furiosas, las crispaciones de cólera…

—Dios —jadeó Purdom—. ¡Están todos muertos!

—No —dijo Brandon, ya delante de la computadora—: sólo están paralizados. Voy a volverlos a su estado normal, para que regresen a sus naves y salgan de aquí.

Diciendo esto, manipuló en la computadora de la sala. De repente, los ciento y pico de hombres parecieron relajarse y todos ellos rodaron por el metálico suelo. Brandon se volvió velozmente hacia ellos.

—¡No se muevan de ahí sin haberme escuchado! —ordenó—. Van a regresar ahora a sus naves, se les abrirá la escotilla y saldrán de esta nave. General Ringleman, colóquelos en formación de tres en fondo. Y que todos enfunden sus armas.

Más de cien pares de ojos estaban hoscamente fijos en Brandon Nye. Luego, se volvieron hacia Ringleman, cuya hostilidad hacia Brandon no podía ser más visible. Por su parte, Brandon se había vuelto de nuevo hacia la computadora,.., así que no pudo ver cómo Ringleman desenfundaba su pistola y comenzaba a apuntarle.

—¡No! —gritó Lorena—. ¡Brandon, cuid...!

Ringleman no movió el arma; apuntó al centro del pecho de Lorena Waverly y disparó. El rayo láser penetró en el pecho de la muchacha, que cayó fulminada por la descarga que debía haber alcanzado a Brandon Nye. Pero el gesto de Lorena Waverly no sirvió de nada, pues el general apuntó de nuevo a Brandon mientras éste se volvía, y disparó de nuevo, acertándolo de costado justo sobre el corazón. Brandon Nye se desplomó sin un gemido siquiera, muerto en el acto, como Lorena Waverly.

—¡Escúchenme todos! —gritó enseguida Ringleman— ¡Sólo les pido un minuto de su atención, y luego decidan lo que nos conviene a todos!

Todavía en el suelo, los navegantes del espacio miraban atentamente a Ringleman, tras una mirada no poco indiferente hacia los cadáveres de Lorena y Brandon. Los únicos que reaccionaron de modo diferente fueron Purdom y Nelson, cada uno de los cuales corrió hacia una de las recientes víctimas, a las que examinaron. Acto seguido, muy pálidos, se miraron y ambos movieron negativamente la cabeza. Purdom miró a Ringleman.

—Usted es un asesino —susurró—. ¡Por Dios, es un asesino miserable...!

—¡Cállese! —ordenó secamente Ringleman—. Y todos los demás escúchenme bien. Sé que, en efecto, he asesinado a dos personas, pero tenía que hacerlo. ¡Tenía que matar al profesor Nye, porque él estaba siendo programado por los seres de Takamanion 6-2-9 y estaba obedeciendo instrucciones de ellos! Esta nave es una gigantesca computadora espacial, que puede enviar programas mentales a todos los seres de la Tierra, convirtiéndonos en esclavos robots de Takamanion, como sin duda están haciendo ya con las cien mil personas más dotadas de nuestro planeta. Entérense bien: todos nuestros gobernantes, nuestros técnicos, nuestros científicos, ¡todos, absolutamente todos los mejores, están siendo programados! Y sólo tenemos una alternativa para evitar mayores males a nuestro planeta y conseguir que siga siendo nuestro: destruir esta computadora sea

como sea y cueste lo que cueste. No es momento de supremacías rusas, norteamericanas o chinas, ¡es momento de recuperar la Tierra para nosotros, los terrestres! ¿Me han entendido?

Todos miraban en silencio a Ringleman y éste comprendió que le habían entendido perfectamente, si bien cabía dudar que hubiesen asimilado ya la magnitud de la explicación.

—Les pido a todos —prosiguió— que se pongan temporalmente a mis órdenes, que impartiré conforme el asesoramiento de aquellos de ustedes, sean cuales sean, que estén más capacitados en el manejo de computadoras. Más arriba de esta nave hay una sala enorme donde están todos los instrumentos que tenemos que destruir, provocando de un modo u otro una convulsión de la energía de esta nave que la destruya completamente. ¡Si alguien no está de acuerdo que levante el brazo!

Ningún brazo se alzó. Ringleman asintió y retrocedió hacia donde les había dejado poco antes el disco metálico, dando explicaciones sobre lo que todos debían hacer para reunirse con él en la gran sala.

Todo funcionó conforme a los deseos de Ringleman, y dos minutos más tarde no quedaban en la sala más que los cadáveres de Brandon y Lorena Waverly.

Fue entonces cuando apareció la bola luminosa, junto al cadáver de Lorena. De la bola partió un cono de luz anaranjada que, como el que había atraído a la pequeña nave hacia el interior de Mamá Computadora, parecía sólido. Todo el cuerpo de Lorena quedó metido en el cono de luz, y tres segundos más tarde la muchacha se movió, suspirando. El cono de luz pareció absorber entonces a Brandon, que asimismo, tres segundos más tarde, se movió, suspirando también. Se sentó de pronto y localizó enseguida a Lorena, que ya se había sentado y lo miraba con expresión estupefacta.

De pronto, los dos miraron la bola luminosa, que en el acto se convirtió en Takamanion, el cual sonrió suavemente.

—Bienvenido, Hermano Sol-3-USA-Nye. El mismo deseo expreso hacia Lorena Waverly.

—Por todos los cielos —jadeó Brandon—. ¡Hemos estado muertos!

—Transitoriamente desvitalizados —puntualizó Takamanion—. Nos ha parecido conveniente que ustedes sigan con vida. Es de suponer que les resulta agradable.

Brandon se puso en pie de un salto junto al gigantesco ser de Takamanion 6-2-9

—¡El general Ringleman...! —empezó.

—No deben preocuparse por él, es decir, no deben preocuparse por lo que haga él: hará en todo momento lo que convenga que haga.

—¿Lo están programando también?

—Naturalmente. Le aseguro a usted, Hermano Sol-3-USA-Nye, que no debe sentir preocupación alguna por Mamá Computadora. No disponen ustedes de fuerza, conocimiento o habilidad alguna capaz de alterar ni siquiera por un instante su funcionamiento. Menos, claro está —sonrió Takamanion—, que nos pongan otra adivinanza como la de las gallinas, lo que nos ocuparía durante una millonésima de segundo.

Lorena se había acercado a Brandon y ahora, ambos abrazados por la cintura, permanecían ante Takamanion, como dos enanos. Brandon aspiró profundamente.

—¿Qué piensan ustedes hacer... con la Tierra? —murmuró.

—Es un planeta hostil —replicó Takamanion—, de modo que solamente disponemos de una alternativa: programar adecuadamente a toda la Humanidad.

—¡No! —gimió Lorena—. ¡No, no, no!

—Señorita Waverly, un planeta como la Tierra es un peligro latente para el universo —la miró afectuosamente Takamanion—. Hasta ahora, ustedes han llegado nada más que a otros planetas de su sistema solar, todos ellos desprovistos de cualquier manifestación de vida de la que ustedes podrían manipular y, a la larga, como han venido haciendo con todo, deteriorar. No importa, pues, que en Marte o Saturno impongan sus brutales condiciones de vida, que sólo afectará a seres de sus características. Sin embargo, con el tiempo, sabemos que ustedes conseguirán viajar por otras galaxias, en muchas de las cuales hay formas de vida que sí podrían manipular a su conveniencia y egoísmo, y, finalmente, deteriorar. Así pues, se ha decidido que los seres de la Tierra no abandonen jamás su galaxia y que, en los trescientos millones de años que los seres terrestres vivirán todavía en diferentes mutaciones y evoluciones, lo hagan bajo unas estrictas condiciones mínimas de convivencia. Y ello sólo es posible mediante la programación de sus mentes para todo su largo futuro.

—Pero eso... no es vivir —susurró Brandon—. ¡No se puede llamar vida a lo que usted ofrece! Si nos programan jamás evolucionaremos genuinamente, siempre seremos robots... ¡Ustedes no pueden decidir sobre la evolución de una manifestación de vida del universo! Deben dejar que sigamos nuestro camino tal como somos...

—Me pregunto, Hermano Sol-3-USA-Nye, si realmente cree que ese futuro es mejor que el que nosotros les ofrecemos.

—¡No sé si es mejor, pero es el nuestro!. Y además, ¿cómo pueden saber ustedes que siempre seremos igualmente nocivos para el resto del universo? ¡Quizá dentro de cien años seamos mucho mejores que ahora!

—No. No será así, se lo aseguro.

—¡Ustedes no pueden saberlo! —exclamó Lorena—. ¡Pueden saber todo sobre el universo entero, pero no pueden saber absolutamente nada sobre lo que todavía no existe! ¡Eso es imposible!.

—Razonadamente, tiene usted razón, señorita Waverly: nadie puede tener conocimientos sobre lo que todavía no existe. Pero, aquí, en Mamá Computadora, se han realizado proyecciones futuras de otros sistemas de vida, y siempre han resultado acertadas. Del mismo modo, las proyecciones del futuro de la Tierra y de sus habitantes, serán acertadas.

—Usted no puede estar seguro de eso. Yo le desafío a usted, a todos los seres de Takamanion 6-2-9, a todos los seres del universo, a que me aseguren que las cosas sucederán como dicen sus computadoras o previsiones mentales. Pueden emitir, ustedes y Mamá Computadora, millones de teorías posibles y puede que alguna de ellas acertase, pero lo que no pueden hacer es exponer con seguridad matemática y por tanto infalible, cómo será la Tierra y los terrestres dentro de cien años solares. ¿O sí pueden hacerlo?

—Mamá Computadora puede exponer millones de análisis que probarán...

—¡No probarán nada! —se excitó Lorena—. Y voy a repetirle a usted mi pregunta: ¿pueden ustedes, o Mamá Computadora, o cualquier otra fuerza o inteligencia del universo, exponer con seguridad matemática y por tanto infalible, cómo será la Tierra y sus habitantes dentro de cien años, o tan siquiera de cincuenta, de cinco tal vez? ¿Lo pueden exponer de modo absolutamente infalible?

Brandon Nye, que al principió había mirado con visible aprobación a Lorena, miraba ahora muy atentamente a Takamanion, en el cual, sin duda alguna, estaban haciendo mella las palabras de la muchacha. Es decir, no una simple mella, sino toda una brecha… Para el problema presentado por Lorena Waverly había una sola respuesta, y los tres conocían cuál era.

En el rostro noble e inteligentísimo de Takamanion comenzó a aparecer una expresión que parecía de sufrimiento. Un sufrimiento atroz, que angustió a Brandon y Lorena. Pero ese sufrimiento desapareció del rostro de Takamanion en cuando éste, por fin, admitió:

—No… No podemos.

Su rostro recuperó la serenidad, la belleza, la bondad, la placidez.

Y al instante siguiente comenzó a producirse la metamorfosis.

CAPÍTULO VII

Una metamorfosis que duró escasamente cinco segundos.

Cuando se hubo completado, Brandon y Lorena ya no tenían que mirar hacia arriba, sino hacia abajo. El ser que tenían ante ellos medía aproximadamente metro y medio, era de color anaranjado y parecía como de cristal líquido, o cuando menos tierno. Su forma anatómica exterior era prácticamente como la de ellos, pero el cuerpo y los miembros eran más delgados, las manos tenían solamente cuatro dedos, los ojos eran de color azul intenso, como dos bolas incrustadas en la gran cabeza desproporcionada; no disponía de nariz y la boca era sólo un redondo y diminuto agujero. Carecía de orejas y no había en aquel cuerpo desnudo de frágil apariencia el menor vestigio de vello en parte alguna.

De la redonda y diminuta boca brotó la pregunta:

—¿Están asustados?

No —musitó Brandon Nye—. No, en absoluto.

—Ello nos complace grandemente, Hermano Sol-3-USA-Nye, pero no es demasiado meritorio por parte de ustedes, ya que nuestro aspecto real, el que están viendo ahora, es remoto pero consoladoramente parecido al de ustedes. Hay en el universo muchas otras formas de vida que no soportarían con la misma entereza, sin embargo.

—Lo que no significa que exterminásemos esas formas de vida.

—Si lo desean; puedo demostrarles lo contrario. Y digo demostrarles matemáticamente, indiscutiblemente. En estos momentos cien terrestres están recorriendo Mamá Computadora. ¿Los acepta a ellos como representantes del planeta Tierra para la prueba demostrativa?

—Sí.

—Muy bien. Subamos a la Sala General Uno. El general Ringleman y esos cien hombres creen estar camino de ella, pero no es así. En realidad, el general Ringleman está haciendo lo que Mamá Computadora quiere que haga..., aunque él no lo sabe, naturalmente.

Con Takamanion como anfitrión y guía, tardaron pocos segundos en regresar a la gran sala de un kilómetro cuadrado, utilizando dos de los discos ascensores. Y efectivamente, Ringleman no estaba allí. La sala

estaba completamente vacía.

—¿Dónde está el general? —preguntó Brandon.

—Paseando por la computadora en busca de este lugar. Pero lo vamos a ver pronto, Hermano Sol-3-USA-Nye.

Caminaron hacia uno de los enormes paneles llenos de aparatos y Takamanion se detuvo ante una pantalla de televisión de cien pulgadas, que, como otras nueve idénticas formando un grupo, estaba apagada. Casi todos los demás aparatos de la sala funcionaban. La pantalla gigantesca, seguía deslizando su cascada de cifras y símbolos...

—Por el momento, como ya hemos dicho —explicó Takamanion—, el general Ringleman está bajo control. Y así es como se comporta bajo control. Observen.

Manipuló en el selector de mandos de la pantalla de cien pulgadas elegida y en el acto apareció otra enorme sala asimismo llena de instrumentos, pero todos ellos en reposo. En esta sala, el general Ringleman caminaba al frente de los cien terrestres, que iban en formación de a cuatro.

Justo en ese instante, el general Ringleman volvía la cabeza y decía:

—No destruyan nada que no les indique yo mismo. Sólo seria perder el tiempo. Y ésta no es la sala que buscamos.

—Las intenciones del general en estos momentos —explicó el ahora menudo Takamanion— son evitar todo desperfecto en la computadora. Mientras tanto, está recibiendo ya la información necesaria para que sepa dónde está la Sala de Hibernación, que es justamente adonde se propondrá llevar a los terrestres a fin de someterlos al proceso y dominarlos de ese modo definitivamente. Pero, claro, todo eso es porque el general está siguiendo instrucciones inversas. Como ven, todo está discurriendo por cauces pacíficos..., a pesar de que los cien hombres que le acompañan están comenzando a impacientarse...

—Y nosotros también, Takamanion —lo miró Brandon—. Estamos perdiendo el tiempo mientras ahí fuera, en el espacio y en la Tierra, deben estar sufriendo las consecuencias de una guerra mundial provocada por las agresiones mutuas que...

—No se preocupe por la Tierra, Hermano Sol-3-USA-Nye: nosotros la

estamos protegiendo de ustedes mismos.

—¿Qué quiere decir? —exclamó Lorena.

—Quiero decir que no hay guerra ni en el espacio ni en su planeta. Pero no porque ustedes hayan sabido contenerse, sino porque nosotros lo hemos evitado, efectuando el proceso inverso de las computadoras en los cien mil hombres más dotados de su planeta. Esos hombres son, en estos momentos, los que están evitando la guerra total.

—Actuando como robots —murmuró Lorena.

—De otro modo, todo habría ya sucedido y posiblemente no quedaría ya nada utilizable de la Tierra. Pero prestemos nuestra atención al general Ringleman y los terrestres que le acompañan. Vamos a proceder a la descomputación de la mente del general Ringleman, así que éste volverá a ser el de antes…

* * *

En la gran sala, el general Ringleman se colocaba justo en aquel momento sobre un disco e iniciaba el descenso. Se encontró en otra gran sala, aunque de menores proporciones y que estaba completamente ocupada por una densa selva. Purdom y Nelson, que habían descendido en el primer grupo con el general, se quedaron mirando pasmados el inesperado espectáculo.

—Pero… ¿qué es esto? —exclamó un ruso, detrás de Ringleman—. ¡Una selva en una nave espacial!

El general Ringleman se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos. Le pareció notar dentro de su cabeza una sensación como de súbito vacío. Pero al instante siguiente todo volvía a ser normal.

—¿Qué es esto? —exclamó—. ¿Cómo hemos llegado aquí?

—¿Qué cómo hemos llegado aquí? —gruñó un japonés, junto al ruso —. ¡Usted sabrá, que nos ha traído! ¿Está seguro de que sabe por dónde vamos? ¡Ya empezamos a estar hartos de dar vueltas!

Ringleman miraba estupefacto al japonés. Miró luego al ruso, a los demás terrestres que habían bajado con él. Y seguían bajando los restantes. Purdom y Nelson le contemplaban fijamente, quizá adivinando lo mismo que él. Los terrestres que iban reuniéndose en la sala de la selva lanzaban exclamaciones. Uno de ellos comentó:

—Quizá sean estas plantas y árboles las que nos proporcionan la atmósfera adecuada para nosotros.

—Esto tiene que ser artificial —dijo otro—. ¡Van a ver!

Se acercó a la primera línea de vegetación, asió un tallo y dio un fuerte tirón, arrancándolo. Se oyó un fuerte gemido lastimero y del tallo cortado brotó un chorro de líquido gris-verdoso y espeso, que salpicó al terrestre y a varios más que había tras él. Inmediatamente, toda la sala se llenó de quejidos y gemidos y la vegetación comenzó a moverse suavemente, como ondulando bajo una brisa suave, lenta.

—Por todos los… —jadeó Ringleman.

—Esos gemidos proceden de la selva —dijo Purdom—. ¡Hay alguien escondido entre la vegetación, general!

—¡Ya he comprendido eso! —aulló Ringleman—. Y no me gusta nada esta situación… Parece una trampa. ¡Disparen para limpiar esto de vegetación y que veamos a quiénes tenemos delante!

Varios terrestres comenzaron a disparar contra la vegetación, destrozándola, haciéndola saltar en pedazos o disolviéndola con los rayos. De todos los tallos brotaban aquellos chorros de líquido grisverdoso, y los gemidos habían aumentado en intensidad y número a medida que se iba abriendo un pasillo en la densa vegetación.

Por fin, un chino fue el primero en comprender lo que estaba ocurriendo, y exclamó; hablando en inglés, como todos:

—¡No hay nadie ahí! ¡Son las plantas y árboles los que están llorando!

—¡Alto el fuego! —ordenó Ringleman.

Todos dejaron de disparar. Desconcertados, escucharon los nutridos gimoteos, que, en efecto, parecían proceder de las plantas y árboles. Nelson señaló el suelo, por el que se extendía en abundancia el líquido grisverdoso.

—Esto debe… debe ser la sangre de esos… seres…

—¡Qué seres ni qué…! —vociferó Ringleman— ¡En todo caso será la savia! ¡No admitiré tonterías que…!

—¡Miren eso! —gritó el ruso de antes, señalando hacia el pasillo abierto en la vegetación.

Todos los terrestres estaban ya abajo, apretujados ante el pasillo vegetal. Y todos pudieron ver cómo desde el fondo de éste, a unos cincuenta metros, aparecía volando un menudo y extraño ser que al principio les pareció una mariposa. El extraño espécimen volaba hacia ellos, batiendo sus alas, enormes en proporción al cuerpo; un cuerpo que era simplemente de forma tubular, ligeramente peludo, con dos enormes ojos cristalinos en la parte delantera. El tamaño real de espécimen debía ser de unos cincuenta centímetros de longitud en el cuerpo, pero las alas eran enormes y de colores bellísimos...

El ser alado llegó a tres metros de Ringleman y quedó aleteando graciosamente..

—Están exterminando vida —dijo la especie de mariposa—. Por favor, dejen de matar. Toda la colonia vivimos en esta selva, de la que nos nutrimos y a la que cuidamos.

Ya no se oían gemidos, ni sollozos. No se oía nada. Los terrestres estaban paralizados por el asombro y en parte aterrorizados, quizá porque dentro de los vítreos ojos del espécimen desconocido parecía arder un fuego rojo.

—Somos de la Galaxia Aphiliantemantona —explicó la mariposa gigante— y vivimos en paz, invitados por Takamanion 6-2-9. Sigan su camino sin dañarnos más, se lo rogamos.

—Debo estar soñando —jadeó Ringleman.

De pronto comenzó a oírse un fuerte aleteo y por el fondo del pasillo aparecieron más seres como el qué se mantenía volando ante ellos. Quizá cien, quizá mil pares de enormes alas batían el aire con aterciopelado sonido; quizá cien, quizá mil mariposas como la primera se acercaban velozmente a los terrestres...

—¡No las dejen acercarse! —gritó de pronto Ringleman.

Disparó contra la primera mariposa, que se desintegró, pero sólo el cuerpo, porque las alas continuaron moviéndose, solas, insensibles al efecto del disparo. Esto provocó una reacción de pánico en los terrestres, que comenzaron a disparar rápidamente contra el resto de las mariposas que se acercaban. Los cuerpos comenzaron a desaparecer y docenas y docenas de pares de alas se quedaron agitándose justo en el lugar donde habían desaparecido sus cuerpos...

—¡Disparen contra las alas! —vociferó Ringleman.

—¡No! —se oyó una voz entre la vegetación—. ¡No hagan eso, no disparen contra las alas!

—¿Quién hay ahí? —gritó Ringleman—. ¡Salga ahora mismo!

En aquel momento todas las alas dejaron de agitarse y cayeron a la vez sobre el piso metálico, en el pasillo. Se hizo de nuevo el completo silencio. Y la voz desconocida se oyó de nuevo, ahora perfectamente:

—¡Vamos a salir!

—¡Pe acuerdo, háganlo! ¡Vamos, deprisa!

A un lado del pasillo, la vegetación se movió y apareció «algo». Hubo tomo un movimiento de retroceso en los terrestres, hubo como un rumor colectivo de miedo... El ser que apareció ahora era gigantesco, quizá de más de tres metros, pero caminaba apoyando las manos en el suelo. Parecía un simio enorme, pero era de color rojo y sin vello y su cabeza parecía, remotamente, la de un hipopótamo; detrás del primer ser de esta especie apareció otro, algo más reducido; y detrás de éste no menos de veinte, todos mucho más pequeños, que parecían cobijarse tras el segundo. Cada uno de estos seres tenía solamente un ojo grande y blanco en el centro de lo que recordaba vagamente una frente.

—Por el amor de Dios —tartamudeó Nelson—. ¿Qué es esto?

Ringleman se pasó una mano por la frente, le ardía. El nuevo espécimen se acercaba a él, caminando de aquel modo torpe, apoyando las manos en el suelo como hacían los simios, bamboleante... Vio su enorme ojo blanco, la grandiosa boca...

—Disparen —jadeó—. ¡Disparen, maten a toda la familia!

Fue el primero en hacerlo. En cuestión de segundos, donde habían estado los desconocidos seres no quedaba apenas sino unos leves montoncitos de polvo caliente.

Y entonces apareció un nuevo ser que, por unos segundos, los dejó petrificados a todos. Era... como una bola hecha con pasta blanda de chocolate, y se acercaba rodando, dejando tras ella una línea oscura y reluciente. Era una bola grande, viscosa, repugnante... y

—¡No hagan más eso! —exclamó la bola viscosa—. ¡Están destruyendo vida! Nosotros estamos aquí invitados y no queremos ni podemos hacer mal alguno a nadie. Todo lo que...

Ringleman apuntó al nuevo ser, apretó el disparador y el rayo láser se hundió en el centro de la bola. Inmediatamente, ésta se disolvió, se convirtió en fluidísimo líquido que se extendió rápidamente por el suelo, alcanzando los pies de Ringleman y de los demás, que lanzaron exclamaciones de sobresalto y asco.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Ringleman—. ¡Busquemos una salida de este maldito lugar!

—¡Esperen! —se oyó otra voz en la espesura—. ¡Tengo algo importante que decirles!

El grupo, que se había removido inquieto e impaciente, se inmovilizó. Ringleman miró a todos lados con ojos desorbitados.

—¿Quién ha hablado? —gritó—. ¡Salga de ahí quien sea!

La verde vegetación se movió y pronto vislumbraron todos una tonalidad azul claro entre ella. Apareció ahora en el pasillo un ser de poco más de un metro de estatura, que parecía de cristal azul, remotamente humano, pero con una cabeza superenorme en la que destellaban cuatro ojos amarillos. Era tan transparente que apenas habrían podido verlo de no ser por los cuatro ojos relucientes.

—¡Soy enemigo de Takamanion 6-2-9! —advirtió—. ¡Puedo ayudarles!

Las armas que le apuntaban vacilaron. Ringleman fue el primero en bajar la suya, ordenando:

—¡Que nadie dispare! Vamos a escucharle... ¿Cómo puede ayudarnos?

—Puedo indicarles el modo de controlar esta computadora de Takamanion 6-2-9. Si les proporciono la información que poseo, podrán apoderarse de ella, llevarla a la Tierra y disponer de ella para estudiar y copiar todos los instrumentos, adelantando así en más de cinco mil años sus conocimientos técnicos, científicos y matemáticos. ¡La Tierra se convertiría así muy pronto en directora vital de muchas galaxias cercanas, a las que podría dominar!

A estas palabras siguió un expectante silencio. Ringleman contemplaba fijamente al extraño ser.

—No es posible controlar esta computadora —murmuró—. Lo único que se puede intentar contra ella es destruirla.

—¡No! ¡Están equivocados! ¡Puedo demostrárselo!

—¿De qué modo?

—Sé dónde está la pequeña sala generatriz. De esa sala irradia toda la energía que esta nave y todo su contenido necesita para estar en funcionamiento durante cien mil años de los suyos. En la sala generatriz está el depósito de Kanolita, un mineral energético de Takamanion 6-2-9 que actúa como las baterías de ustedes. La energía que libera es tal que un depósito de kanolita grande como mi cabeza sería suficiente para proporcionar a la Tierra cuanta energía pudiera necesitar, durante un millón de años... Esta nave lleva solamente un depósito de kanolita como una décima parte de mi cabeza..., y todo lo que hay que hacer para que la nave deje de funcionar de acuerdo al programa que se le impuso en Takamanion 6-2-9 es retirar la kanolita de su lecho de conexión.

—¿Qué pasaría con esta nave, entonces? —preguntó un australiano.

—Simplemente, podría ser remolcada hacia la Tierra. Al llegar a la capa gravitatoria se desplomaría sobre el mar, donde quedaría flotando, inerte, a disposición de ustedes, sin haber sufrido la menor alteración ni deterioro.

—¿Y qué ganaría usted con eso? —preguntó un hindú.

—Hace mucho tiempo que Takamanion 6-2-9 tiene computada mi galaxia, y finalmente hemos sabido que el programa establecido para nosotros está contenido en esta nave. ¡Queremos que deje de funcionar para siempre a fin de volver a ser libres! Estamos ahora en las condiciones en que estarían ustedes si esta computadora cumpliera su objetivo de programación con respecto a la Tierra. ¡Puedo llevarles adonde está el depósito de kanolita! ¿No lo entienden? ¡Con la kanolita y con esta nave en su poder, experimentarían tales adelantos de toda clase que en breve podrían ejercer ustedes control sobré todas las galaxias cercanas a la suya!

—Está bien —decidió Ringleman—: llévenos al depósito de kanolita.

—Un momento —pidió Nelson—. ¿Por qué no ha retirado usted mismo la kanolita de su lecho?

—¡Yo no puedo tocarla, me desintegraría! Por eso me he puesto en contacto con ustedes. ¡Podemos ayudarnos mutuamente!

—¿Y nosotros no nos desintegraremos al tocar la kanolita?

—No. Su composición orgánica es diferente a la mía, pueden tocarla

sin precaución de ninguna clase.

—De acuerdo. Vamos allá —insistió Ringleman.

—Síganme —dijo el ser de cristal azul—. Llevo mucho tiempo escondido dentro de esta nave computadora y la conozco perfectamente. Es por eso que sé que el único medio de vencerla es retirando la kanolita de su lecho en la sala generatriz... ¡Vengan por aquí!

El nuevo viaje se inició, ahora hacia arriba, siempre hacia arriba, hasta qué llegaron a una sala de reducidas dimensiones en la que solamente había, en el centro, lo que parecía un soporte de acero de un metro de diámetro y poco más de altura. En el centro del soporte había una pequeña cavidad, y en ésta un trozo de mineral del tamaño aproximado de un balón de rugby, de bellísimo e intenso color anaranjado. Su resplandor parecía teñirlo todo de aquel delicado tono, de una suavidad increíble, de una dulzura inaudita.

—Ahí la tienen —señaló el espécimen vítreo—. ¡Yo ya no puedo acercarme más!

—Pues se va a acercar —dijo Ringleman—. Estoy empezando a pensar que todo esto es una trampa. De modo que acérquese usted y retire de ahí la kanolita.

—¡No! ¡Me desintegraría!

—Si no hace lo que le digo —le apuntó Ringleman—, seré yo quien le desintegre.

—¡Pero ustedes no entienden, no puedo hacerlo! ¡Les he ayudado, no pueden ahora hacerme morir!

—¿No?—masculló Ringleman.

Disparó el láser y el espécimen vítreo vibró, emitiendo un tañido como de copa del más puro cristal, pero eso fue todo. Inmediatamente, los demás comenzaron a disparar también contra el ser de otra galaxia, pero los disparos del láser no le afectaban en absoluto. El ser gritaba y protestaba, pero seguían disparándole siempre en vano..., hasta que Ringleman tuvo la idea.

—¡Pronto sabremos si nos ha mentido! ¡Colóquenlo sobre la kanolita!

—¡No, no, no! —gritaba el ser—. ¡No, no lo hagan...!

Pero varias manos terrestres, fuertes, velludas, lo habían agarrado ya, lo alzaron y lo acercaron al centró de la sala generatriz. El pequeño ser fue colocado sobre la kanolita y, en el acto, simplemente, desapareció.

—¡Ahora! —gritó Ringleman—. ¡Disparen ahora, americanos…!

## CAPÍTULO VIII

Ante los desorbitados ojos de Brandon Nye y Lorena Waverly, en la pantalla se sucedieron imágenes creadas por el último plan urdido en la mente del general Ringleman y que habían comprendido a la perfección. En cuanto Ringleman gritó, todos los americanos, incluso Purdom y Nelson, comenzaron a disparar sus armas contra los navegantes aéreos de otras potencias, abatiéndolos.

Pero no sin lucha. Pese a que los norteamericanos eran el grupo más numeroso potencia por potencia, la suma de los demás era superior, así que se entabló una horrenda batalla disparatada en la sala generatriz, donde, en su afán de matar los americanos a los demás, y los demás a los americanos, se cruzó tal cantidad de disparos y de modo tan descontrolado que los americanos se mataban ya entre sí, y lo mismo hacían los que formaban el otro bloque.

Lorena se abrazó a Brandon y ambos cerraron los ojos. En la gran pantalla que tenían ante ellos, la espantosa batalla se desarrollaba con una crueldad terrible, con un único objetivo por parte de los norteamericanos: eliminar a todos los demás para apoderarse de la kanolita, de la nave consecuentemente, y llevar ambas a la Tierra, donde pasaría a ser ocupada por los norteamericanos, que definitivamente serían la nación más poderosa del diminuto planeta perdido en la inmensidad del universo: la Tierra.

Llegó el silencio. Brandon y Lorena tardaron unos segundos en darse cuenta de que ya no se oía nada en el gran televisor. Oyeron entonces la voz de Takamanion:

—Se han matado unos a otros. No queda ni uno solo con vida. No sé si esto es suficiente prueba para ustedes, Hermano Sol-3-USA-Nye.

Brandon abrió los ojos. En la pantalla, la pequeña sala generatriz aparecía cubierta de cadáveres. Más de cien hombres. Sobre su lecho metálico, la kanolita emitía su dulce, bellísimo resplandor anaranjado.

—Está bien —jadeó Brandon—. Somos crueles, egoístas y criminales. Pero ahora. Su demostración es aceptada, pero ahora. Usted sigue sin poder demostrar que seremos igual dentro de cien, mil o cien mil años.

—Interpreto de sus palabras, Hermano Sol-3-USA-Nye, que insiste en que dejemos que la Tierra siga el curso natural de su destino.

—Sí, insisto. Y usted sabe que ni Takamanion 6-2-9 ni nadie en el universo tienen derecho a alterar ese curso natural.

—Están en un error. Seguirán matándose y deteriorando cada vez más sus sistemas de vida y de convivencia. El mejor futuro que podrían desear es someterse a la dirección de Mamá Computadora… para siempre.

—No —negó Brandon—. No. No.

—Vengan —dijo Takamanion, apagando la pantalla—. Iremos a la sala generatriz. Como ustedes ya habrán comprendido, no se ha producido muerte real alguna en esta nave, ya que las criaturas de otras galaxias que los terrestres han exterminado eran sólo proyecciones de imágenes representativas. En la realidad, no ha sucedido nada malo a ninguna criatura del universo.

—Salvo a los terrestres —deslizó Lorena.

—Tampoco por ellos debe preocuparse. Ya han sido desalojados de la sala generatriz, por deslizamiento, y en estos momentos están siendo revitalizados y reprogramados para que no vuelvan a enfrentarse y vuelvan cada grupo a su nave, y desalojen la nuestra. Dentro de poco, todas las naves intrusas habrán partido, excepto la que les trajo a ustedes.

—¿Y cómo volveremos nosotros? —exclamó Brandon—. ¡Yo no sé pilotar, esa nave!

—Nosotros la colocaremos en la Tierra enviándola dentro de un rayo de kanolita, Hermano Sol-3-USA-Nye. Y en cuanto ustedes dos estén de nuevo en la Tierra Mamá Computadora abandonará su espacio, ya que así lo quieren ustedes dos.

—¿Nosotros dos? ¿Quiere decir que van a atender los deseos de sólo dos terrestres? —se pasmó Lorena.

—Alguien ha de tomar la decisión por toda la Tierra, y en mi opinión, ustedes están capacitados para ello. Usted, señorita Waverly, demostró su sensibilidad desconcertante para nosotros al querer proteger la vida física del Hermano Sol-3-USA-Nye. Y en cuanto a éste, espero no equivocarme con él al juzgarlo digno de nuestra consideración. Pero, en definitiva, no se trata de concederles a ustedes dos en exclusiva esa facultad decisoria, sino que debemos llegar al convencimiento de que su postura es la que mantendrían prácticamente todos los habitantes de la Tierra. ¿Me equivoco?

—Yo diría que no —replicó Brandon.

—Muy bien. Pero una cosa les aseguro: Mamá Computadora tendrá que volver a la Tierra no tardando mucho..., a menos que en los terrestres se produzca una... evolución mental y emocional de las que los creemos muy lejos. Salvo que se produzca esa evolución, ustedes están condenados a la extinción total mucho antes de lo que se imaginan.

Takamanion ya no dijo nada más. Llegaron a la sala generatriz. Brandon y Lorena se quedaron mirando la kanolita, su bello y dulce resplandor. Brandon musitó:

—De modo que es cierto... Existe la kanolita.

—¿Creyó que no existía? —preguntó Takamanion.

—Creí... que nosotros también habíamos sido sometidos a un proceso de alucinación, para que viésemos cosas que no eran reales.

—Lo que vieron fue realidad. Tan realidad como la kanolita, Hermano Sol-3-USA-Nye. Y como les dije, en estos momentos las naves terrestres han sido ya expulsadas de Mamá Computadora, con todos sus ocupantes revitalizados. ¿No quieren tocar la kanolita?

—¿Por qué hemos de hacerlo? —se sorprendió Brandon.

—Es un privilegio que se les concede a ustedes dos, como representantes aceptables de una manifestación de vida del universo. De todos modos, si temen algo de nosotros, no la toquen.

Lorena y Brandon se miraron, miraron luego a Takamanion, y acto seguido ambos se acercaron a la kanolita. Brandon fue el primero en posar las manos sobre el mineral... y en el acto sintió cómo desde las palmas un intenso calor se extendía por todo su cuerpo. No tuvo tiempo de advertir nada a Lorena, pues ésta colocaba en aquel momento sus manos sobre la kanolita. También Lorena experimentó aquel inusitado calor cuya intensidad debía haberlos consumido en el acto, pero nada extraordinario sucedió. Simplemente, experimentaron aquella sensación de calor profundo y desconocido.

Y de pronto, Brandon Nye, todavía con las manos sobre la kanolita, miró con maliciosa expresión a Takamanion.

—Entonces... —susurró— todo lo de la kanolita es cierto, todo lo que dijo el ser de cristal es verdad.

—Sí —asintió Takamanion.

Lorena captó también el pensamiento de Brandon Nye y la miró entre alarmada e incrédula. Todo el gran poderío técnico y científico de Mamá Computadora estaba en aquel momento en las manos de Brandon Nye, un terrestre. Y nunca mejor dicho, porque todo lo que tenía que hacer Brandon era apretar sus dedos en torno a la kanolita y alzarla. En cuanto la kanolita fuese retirada de su lecho, Mamá Computadora se convertiría… en un montón de chatarra que tendría la misma utilidad que una bombilla apagada, que un televisor desenchufado o sin baterías. Un gigantesco montón de metal lleno de instrumentos que habrían dejado de funcionar todos en el acto, perdiendo contacto absoluto con las directrices que pudieran llegar desde Takamanion 62-9. Todo lo que tenía que hacer Brandon Nye era alzar la kanolita. Sólo eso.

Takamanion seguía mirando a Brandon Nye. ¿Qué pasaría con aquel pequeño ser si la kanolita era alzada? Bien, era sólo una imagen, ni siquiera era un ser vivo; era como las figuras que aparecen en los televisores o en el cine: una proyección, una imagen. No era nadie, no era nada, no tenía vida. Pero allí, mirando con expresión inescrutable al terrestre Brandon Nye, el Hermano Sol del Espacio ubicado en el Tercer Planeta del Sol, en el lugar llamado USA…

—Deberían retirar ya las manos —dijo Takamanion suavemente—. Se están excediendo.

Brandon Nye sonrió…, y retiró las manos. Lorena lo imitó rápidamente, exclamando:

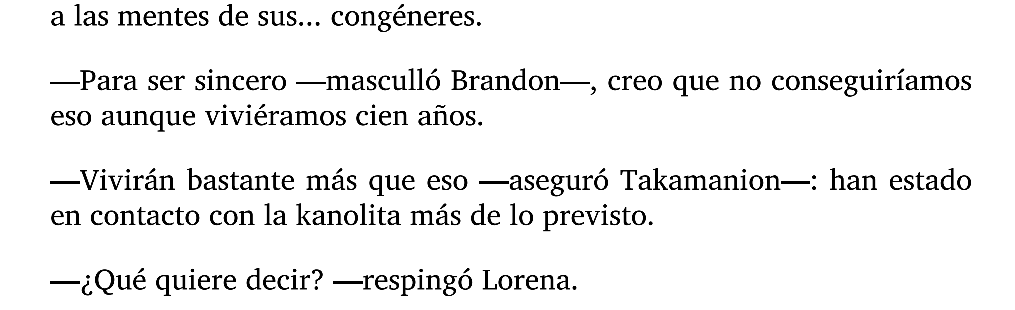
—¡Oh, Brandon, creí que ibas a…!

—Lo pensé —asintió Brandon—. ¿Qué habría ocurrido, Takamanion?

—Nada —sonrió por primera vez el extraterrestre—. No habría podido usted despegar la kanolita de su lecho. Pero esto ha servido para comprobar su buena voluntad, Hermano Sol-3-USA-Nye.

—¿Quiere decir… que si yo hubiese intentado retirar la kanolita de su lecho… usted habría cambiado su decisión?

—En efecto. Si lo hubiera intentado, en este momento Mamá Computadora habría comenzado a programar a todos los seres de la Tierra. Pero tienen ustedes otra oportunidad. Pueden volver a la Tierra…, con nuestros deseos de una larga ya que no feliz vida. Espero que sepan aprovecharla para, al menos, intentar llevar la comprensión



a las mentes de sus… congéneres.

—Para ser sincero —mascullό Brandon—, creo que no conseguiríamos eso aunque viviéramos cien años.

—Vivirán bastante más que eso —aseguró Takamanion—: han estado en contacto con la kanolita más de lo previsto.

—¿Qué quiere decir? —respingó Lorena.

—Quisimos obsequiarles con una larga vida sin enfermedades, y por eso les permitimos tocar la kanolita. Pero el contacto ha sido tan prolongado que también sus vidas se prolongarán mucho.

—¿Cuánto? —exclamó Brandon.

—Más de lo que necesitará para encontrar la solución a su ecuación sobre el cuerpo humano. ¿Realmente no desean ustedes dossier programados para ser mucho mejores que el resto de la humanidad?

Lorena y Brandon se estremecieron.

—No —negó Brandon—. Queremos ser como somos. Y no se olviden de retirar la programación mental que existe actualmente sobre cien mil terrestres.

Takamanion asintió, diciendo:

—Les guiaré hasta su nave.

El rayo de luz de tonalidad anaranjada fue visto desde todo el planeta Tierra descendiendo sobre éste. Delgado, pero de una luminosidad intensísima, rasgó las tinieblas de la noche, llevando en su interior la pequeña nave, que finalmente, con exquisita suavidad, quedó depositada frente a la casa de Brandon Nye, para terror de sus vecinos, que se habían apresurado a abandonar la zona, advertidos por las autoridades espaciales, las cuáles habían sido a su vez informadas por. Brandon Nye, por medio de la radio, de su regreso, así como de la decisión de Mamá Computadora de alejarse de la Tierra.

Y esta vez, el viaje fue tan rápido en el rayo de luz, que la llegada se produjo en cuestión de segundos. Inmediatamente, el rayo de luz se apagó y entonces la radio volvió a funcionar de nuevo. Las instrucciones a Brandon fueron tantas que éste decidió no escuchar ninguna. Es decir, sólo una: permanecer en la nave.

—Héroe mundial —gruñó Brandon—. ¡Bah! Lo que yo quiero ahora es una buena tortilla de camarones.

—¡Me parece que tendrás que esperar! —rió Lorena.

—Sí. Para la tortilla, sí. Pero hay otras cosas que podemos hacer mientras esperamos.

—¿Qué cosas? —rió Lorena.

Brandon iba a replicar cuando vio el destello luminoso. Pasó como una exhalación justo por delante del visor de la nave, surcando el negro espacio, dejando una recta línea anaranjada, y desapareció en menos de un segundo.

—Adiós, Mamá Computadora —murmuró el profesor Nye.

—¿Eso es lo que ibas a decir? —frunció el ceño Lorena.

—No —sonrió Brandon, atrayéndola y mirando sus labios—. Pero habría sido descortés; no despedirme de mis amiguetes.

FIN